

DE IMPERIOS Y REPÚBLICAS: LOS CORTEJOS ENTRE MÉXICO Y BRASIL, 1822-1867

Guillermo PALACIOS
El Colegio de México

¿Quién puede negar que el Brasil y México no están hechos para conocerse bien y para entenderse?

Manuel Eduardo de Gorostiza, encargado de negocios de México en Londres, 26 de noviembre de 1829.

Se observa fácilmente que el Brasil en la [América] del Sur y México en la del Septentrión son los destinados a figurar de una manera grandiosa y respetable en cada parte del mundo.

Lucas Alamán, ministro de Relaciones Exteriores de México, 10 de julio de 1830.

Nadie que mire la carta de este continente dejará de ver que México, por su posición geográfica, está destinado a ser el aliado natural de Brasil.

José de Araujo Ribeiro, ministro plenipotenciario de Brasil en Washington, 15 de diciembre de 1831.

PRELIMINARES

LAS RELACIONES ENTRE MÉXICO Y BRASIL han estado siempre envueltas en una red de complejidades tejida con ingredientes diversos, que van desde lo específico de cada uno de los entornos geopolíticos y sus determinantes, hasta las dificultades

Fecha de recepción: 7 de marzo de 2001

Fecha de aceptación: 27 de agosto de 2001

resultantes de economías competitivas y poco complementarias, pasando por procesos históricos de alto contraste, uno, el brasileño, narrado de manera preferencial en clave de continuidad progresista y cambio conservador, iniciado y consolidado durante el imperio decimonónico, y el otro, el mexicano, abierto en la misma época, en torno de guerras civiles intermitentes, intervenciones extranjeras y saltos revolucionarios. A eso hay que agregar, en un lugar de destaque, la presencia de Estados Unidos en las agendas de ambos gobiernos y de sus “chancillerías”. En las últimas décadas, las relaciones oficiales se han complicado y dado lugar a lo que parece ser un movimiento de alejamiento lento, pero constante, que interrumpe la relativa normalidad con que se desarrollaron entre los años de la posguerra y 1992. Ambas fechas son significativas. La primera, culminó un periodo de tensiones motivadas por las diversas opciones ideológicas y de políticas, tanto internas como externas, asumidas por los gobiernos mexicano y brasileño de ese entonces, y que pueden resumirse, de manera simplista y esquemática, en el discurso y la práctica izquierdizantes del periodo Cárdenas, por un lado, y en la dura represión a los grupos comunistas y la implantación del *Estado Novo* brasileño en 1941 bajo el mandato de Getúlio Vargas, por otro. A partir del inicio de la guerra, la lucha contra las potencias del Eje y el tema de la “democracia” diluyeron los encontronazos. En seguida, el inicio de los apresurados procesos de industrialización de los años cincuenta y sesenta hizo que cada gobierno se dedicara, de manera prioritaria, a problemas del crecimiento económico interno, que permitieron obviar los desacuerdos externos. La segunda fecha marca el inicio de una nueva e intensa etapa de fricciones, cuya causa eficiente parece estar en los movimientos de integración regional de México y Brasil, y en especial en los conflictos bilaterales resultantes del ingreso del primero en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, el TLCAN, y la constitución, por iniciativa del segundo, del Mercado Económico del Sur, el Mercosur, entendido como una asociación destinada a tornarse hegemónica en la región sudamericana. Este artículo discute las raíces históricas de la ardua construcción de relaciones políticas y económicas en-

tre México y Brasil, y trata de mostrar cómo las principales variables de la conflictiva, pero persistente conexión que caracteriza en la actualidad a los gobiernos de ambos países, fueron elaboradas en la práctica desde mediados del siglo XIX.

LAS INDEPENDENCIAS Y LOS CONTACTOS DEL PRIMER GRADO

Es posible afirmar que las relaciones entre México y Brasil, como las de todos los países de origen colonial, se iniciaron con la elaboración de un diseño elemental de Estado nacional, dentro del cual figuraba ya con destaque el campo de las relaciones internacionales. Esta primacía derivaba de la necesidad que tenían las nuevas naciones de obtener el reconocimiento de las principales potencias europeas, principalmente de Gran Bretaña, por cuestiones referentes a la guerra y al dinero. En los casos específicos de México y Brasil, los primeros contactos, por muy tenues y vagos que hayan sido en ese entonces, se dieron en marzo de 1825, cuando México se convirtió en el segundo país, después de Estados Unidos, a reconocer la independencia del imperio, mediante notas intercambiadas por su ministro en Londres con los respectivos representantes brasileños.¹ Sin embargo, el primer intento serio por establecer vínculos diplomáticos sólo ocurrió en 1831, después de una década de tentativas infructuosas realizadas por las legaciones de ambos países ante la corte inglesa y encerradas por la falta de instrucciones de los representantes brasileños para negociar el establecimiento de vínculos con países hispanoamericanos. De nada valió que alrededor de 1822, cuando se iniciaron los contactos entre mexicanos y brasileños en Londres, México también se hubiera constituido en lo que sería un efímero "imperio", bajo el comando de Agustín de Iturbide.²

¹ Véase MENDONÇA, 1945, p. 106.

² La primera referencia a un posible contacto con representantes diplomáticos brasileños data de diciembre de 1822 y está firmada por José Manuel Zozaya, enviado de Iturbide a Washington, quien, sin embargo, descarta cualquier posibilidad de negociación, ya que "no es represen-

La indiferencia brasileña se debía a la naturaleza del gobierno imperial instalado en Rio de Janeiro como cristalización de la independencia de Brasil respecto a Portugal. En efecto, Pedro I, primogénito del monarca portugués, que había asumido la corona del nuevo imperio en 1822 al desobedecer las órdenes de las cortes portuguesas para que retornara a Portugal y reintegrara Brasil a su condición de colonia, era un personaje completamente europeo. Había constituido un gobierno en el que la influencia de los consejeros portugueses que habían permanecido con él en Rio de Janeiro era preponderante, y había salido vencedora sobre lo que se comenzaba a llamar el partido brasileño. Los intereses del monarca y de su corte estaban enmarcados en el estilo absolutista y despótico, cada vez menos ilustrado, que el Marqués de Pombal había implantado en Portugal y su imperio a mediados del siglo XVIII, y se orientaban mucho más hacia los negocios dinásticos del viejo continente que hacia los problemas representados por la construcción de las nuevas naciones americanas surgidas de las guerras de independencia.³

Por otro lado, había el antecedente de la madre del monarca brasileño, la princesa Carlota Joaquina, casada con João VI, hija de Carlos IV de España y hermana de Fernando VII, que, cuando éste último fue obligado a abdicar del trono español y del comando del imperio, trató de asumir el gobierno en nombre de su hermano, desde Rio de Janeiro. En agosto de 1808, Carlota Joaquina lanzó una proclama en que se declaraba regente de España y de Indias mientras durara el encarcelamiento de Fernando. El plan fue aceptado en principio por un grupo de políticos y negociantes criollos de la región de río de la Plata, pero descartado después

tante por el gobierno de Brasil, sino un encargado nombrado por una junta de Pernambuco, que se ha agregado al Brasil [...]” Zozaya a José Manuel Herrera, secretario de Estado y del Despacho de Relaciones. Washington, 26 de diciembre de 1822, en AHGE/SRE, 5-15-8485, reproducido en *Relaciones*, 1964, pp. 31-32.

³ Sobre el breve y agitado periodo de gobierno de Pedro I, conocido como el Primer Reinado véase BETHELL y MURILLO DE CARVALHO, 1991, pp. 323 y ss.

por el viejo miedo a la intromisión portuguesa en los asuntos rioplatenses. Sin embargo, Carlota Joaquina orientó sus tentativas hacia otras regiones, y llegó a planear un viaje por toda la América española, que culminaría en México, para obtener la obediencia de los que todavía consideraba súbditos de la corona de su hermano.⁴

En ese contexto, las aproximaciones del enviado mexicano ante la corte británica, José Mariano Michelena —futuro líder de la Logia Escocesa—, fracasaron una y otra vez contra la actitud un tanto imperiosa de los representantes brasileños, un barón y un vizconde, y contra la desconfianza que sentían frente a los arrebatos “democráticos” del mexicano.⁵ De cualquier manera, en esos momentos germinaban por todas las esquinas del continente recién liberado las ideas de unión de las nuevas repúblicas en pactos y alianzas que buscaban el reconocimiento en bloque de su independencia por parte de Inglaterra. Siendo ésta la más poderosa potencia de la época, su consentimiento equivalía a un seguro de vida contra aventuras restauracionistas y amenazas de la Santa Alianza, conformada por Austria, Prusia y Rusia y aliada a Francia en inicios de la década de 1820; siendo la más rica, posibilitaba ventajas económicas y financieras para las jóvenes naciones.

Es probable que la problemática brasileña haya estado más pendiente de este último asunto que de ocasionales garantías de ayuda política y militar por parte de Inglaterra contra Portugal. En efecto, la permanencia en el trono brasileño de un miembro de la casa reinante lusa, emparentado con las principales casas reinantes europeas, disminuía hasta casi hacer desaparecer esa amenaza de la agenda diplomática brasileña, y reducía considerablemente la necesidad de establecer alianzas con las repúblicas iberoamericanas.

⁴ Véase BUSHNELL, 1991, pp. 75-76 y RODRÍGUEZ, 1996, p. 80.

⁵ Caldeira Brant y Gameiro Pessoa a Carvalho e Mello. Londres, 14 de julio de 1824. AHITY, 216-1-2, reproducido en *Relaciones*, pp. 33-34. Michelena es descrito en ese documento como un “hombre de opiniones exaltadas, y todo dedicado a la democracia”.

El republicanismo era otro problema que pronto surgiría en las relaciones entre Brasil y el resto del subcontinente. En contrapartida, la fórmula imperial escogida por los brasileños para gobernarse haría cundir marejadas de desconfianza en relación con las posiciones que un país gobernado por un soberano de origen y claras tendencias europeas y absolutistas podría adoptar frente a las Repúblicas que lo rodeaban, y con las que parecía querer entenderse mucho menos que con las monarquías europeas, donde residía el verdadero interés de su reconocimiento. De cualquier manera, Michelena informó haber conversado en diversas ocasiones con los plenipotenciarios brasileños en Londres, con los que, refiriéndose a

[...] los grandes intereses de nuestra América, y de la política conocida de la Inglaterra, que es entretenernos sin comprometerse con la Santa Alianza, aparentar interés en nuestra suerte, relativo a las ventajas que le proporcione nuestro lucrativo comercio, convenimos en la idea de un plan de unión entre los nuevos gobiernos del Gran Continente Americano, para obrar todos de acuerdo, con el objeto de hacer variar la opinión de Inglaterra y compelerla al reconocimiento de nuestra Independencia, declarándose resueltamente a favor nuestro, de un modo claro y positivo, que corresponda al decoro y dignidad de las nuevas naciones.

Caldeira Brant y Gameiro aceptaron en principio el plan, pero advirtieron que, “no teniendo poderes para entrar inmediatamente en relaciones diplomáticas con los Gobiernos de América”, tendrían que pedir instrucciones. Aun así, Michelena confiaba, un tanto ingenuamente, en que la posición de los plenipotenciarios brasileños era en todo semejante a la suya, pues decía, “están convencidos, como yo, del desaire que recibe toda la América, en la reunión de todos sus embajadores, o más bien de pretendientes de un reconocimiento de nuestra existencia política [...]” Y avanzaba todavía más, al comentar que el reconocimiento británico no era tan importante como la unión entre los nuevos países independientes, “si tenemos bastante virtud para obrar de común acuerdo y bastante prudencia para dar estabilidad a nuestras institucio-

nes". Esto último iba acompañado de una democrática profesión de fe en el respeto a la elección que cada país hiciera al respecto del régimen político que más le conviniera.⁶

Los objetivos de Michelena en sus conversaciones con los representantes brasileños también se orientaban hacia cuestiones más prácticas e inmediatas, como lo era la posibilidad de establecer una alianza naval que, juntando las fuerzas de Brasil, Colombia y México, constituyera una formación disuasiva contra cualquier intento de reconquista. Con ella estaría constituida la "nueva escuadra de la América independiente y libre", en momentos en que se rumoraba que Francia, impulsada por la Santa Alianza, preparaba sus ejércitos para reconquistar las colonias perdidas en Iberoamérica.⁷ La nota que Michelena envió formalmente a los plenipotenciarios brasileños para que éstos la usaran como instrumento de consulta con su gobierno, planteaba la necesidad de

[...] entrar en comunicaciones diplomáticas conducentes, en primer lugar, al mutuo reconocimiento de la Independencia de ambos países, del Brasil y México; y en segundo, al establecimiento de una liga ofensiva y defensiva, con el único objeto de fijar los principios de la justa Independencia, sin intervenir absolutamente en la forma de instituciones y organización interior de los Estados. La perfecta unión de todas las nuevas naciones, producirá una fuerza que dará a la noble América el tono y el vigor que le corresponde para hacerse respetar por todos los gobiernos del globo [...]⁸

Nada indica que los representantes brasileños o su gobierno se hayan dispuesto a concordar con el plan propuesto por Michelena. La trayectoria que Brasil había seguido en los años anteriores, la forma en que había obtenido su independencia, tan *sui generis* que despertaba la desconfianza abier-

⁶ Michelena a Lucas Alamán, secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores. Londres, 31 de agosto de 1824, en AHGE/SRE, 5-9-8236, reproducido en *Relaciones*, 1964, p. 35.

⁷ AHGE/SRE, 5-9-8236, reproducido en *Relaciones*, 1964, p. 36.

⁸ Michelena a los Ministros Plenipotenciarios de Brasil cerca de S. M. B. Copia. Londres, 31 de agosto de 1824, en AHGE/SRE, 5-9-8236, reproducido en *Relaciones*, 1964, p. 37.

ta de próceres del tamaño de Simón Bolívar, que temían que un "imperio" en la mitad de un continente republicano sirviera de punta de lanza para las tentativas de restauración de las monarquías coloniales, etc., eran barreras que comenzaban a aparecer y a distanciar cada vez más a Brasil del resto de las nuevas naciones. Éste, por su parte, constituido como un imperio centralista y conservador, que había logrado su separación de Portugal en un proceso incruento y fácilmente negociado que contrastaba con los ríos de sangre, la anarquía y la fragmentación que predominaba en Hispanoamérica, miraba con una mezcla de superioridad y temor a sus vecinos, que a su vez se encontraban en posiciones naturalmente antagónicas a los regímenes monárquicos y entre los cuales se difundían, sin ningún control, todo tipo de ideas que los políticos y diplomáticos brasileños consideraban poco menos que subversivas. Eso sin considerar la diferencia de lengua, que aislaban y, al mismo tiempo, diferenciaban a Brasil del resto del continente, pero que no lo hacía de manera tan completa como para ponerlo a salvo de indeseables comparaciones e inclusiones.

Por esa época, como lo dan a entender las comunicaciones de los enviados iberoamericanos a las cortes europeas, los círculos financieros del viejo continente comenzaban a estructurar la política, que aún persiste en nuestros días, de considerar a todas las naciones de la América ibérica, para efectos de riesgo de sus inversiones, un único país. El riesgo que uno ofrecía se trasladaba inmediatamente a la cotización de la deuda de los demás, tal como aconteció con el retorno de Iturbide a México, que pusiera a temblar a los dueños de capital que habían participado en el primer gran préstamo al país. Por el contrario, su fusilamiento, en julio de 1824, restableció la calma en los mercados europeos de capital, y "ocasionó inmediatamente una alza en el precio de los Fondos Mexicanos, e inclusive en los de los demás Estados de América: porque los negociantes de esta Plaza no hacen distinción alguna entre los referidos Estados [...]"⁹

⁹ Gameiro a Carvalho e Mello. Londres, 7 de octubre de 1824, en AHITY/MRE/BR, 216-1-2, reproducido en *Relaciones*, 1964, p. 39.

Todo indica que las conversaciones entre los representantes de las Repúblicas iberoamericanas en Londres continuaron durante todo el fin de 1824, en la tarea de ajustar cada vez más el plan de acción conjunta frente a las potencias europeas, que consistía básicamente en cerrar los puertos americanos a las naciones del Viejo Mundo que no reconocieran la independencia de las antiguas colonias. Al comunicar el plan a Río de Janeiro, los enviados brasileños hicieron notar que las conversaciones se habían llevado a cabo sin su presencia, lo que significaba naturalmente que la combinación no incluía a Brasil, y que los plenipotenciarios iberoamericanos habían comenzado a mostrar, por primera vez, un claro distanciamiento de los enviados imperiales.¹⁰ Afortunadamente, el plan no tuvo que ser puesto en ejecución, pues el último día de diciembre de 1824 el gobierno británico anunció su intención de establecer tratados de comercio con México, Colombia y Buenos Aires, "los Estados Hispanoamericanos que se encuentran en estado de independencia efectiva de la Corona de España". Ese anuncio fue recibido con escándalo y sentimientos de humillación por los enviados brasileños, pues decían

[...] es un reconocimiento formal de la independencia y la soberanía de las mencionadas repúblicas; y habiendo este mismo Gobierno prometido a nosotros dos muy expresamente que el reconocimiento de la Nueva Categoría Política del Brasil por Su parte precedería al de cualquiera de los nuevos Estados Americanos, sufrimos la mayor sorpresa al saber que había adoptado la mencionada resolución [...] Esta sorpresa nuestra fue seguida luego por un gran dolor, no sólo porque el Brasil queda humillado al emparejarse su reconocimiento con el de las repúblicas Hispano-Americanas, sino también porque la noticia de esta resolución del Gabinete Británico va a exponer nuestro Gobierno a grandes luchas con el partido democrático que, necesariamente, se va a ensañar al ver que las repúblicas son reconocidas y que el Imperio del Brasil no lo es.¹¹

¹⁰ Brant y Gameiro a Carvalho e Mello. Londres, 15 de diciembre de 1824, en AHITY/MRE/BR, 216-1-2, reproducido en *Relaciones*, 1964, p. 41.

¹¹ Caldeira Brant y Gameiro a Carvalho e Mello. Londres, 7 de enero

Los problemas de reconocimiento del imperio brasileño por parte de Inglaterra, países entre los cuales existía desde 1810, un amplio tratado de comercio (firmado cuando Brasil no era todavía formalmente una nación independiente, pero cuando ya se había convertido en la sede de la exilada monarquía portuguesa), derivaban de las reticencias del gobierno de Río de Janeiro a abolir la esclavitud en su territorio, condición impuesta por Londres para el reconocimiento político.¹² En marzo de 1825, los indignados plenipotenciarios brasileños recibieron de la corte de Río de Janeiro la respuesta a las sugerencias de Michelena para que Brasil y México establecieran relaciones diplomáticas. La nota, fechada en agosto de 1824, era del todo favorable. Michelena se apresuró en responder la comunicación de Caldeira Brant y de Gameiro, augurando una feliz recepción recíproca de los agentes diplomáticos y de comercio de ambos países, y declarando que estaban abiertas entre los dos gobiernos "las relaciones de todo género".¹³ Ésa fue, lo que todo indica, la última acción de Michelena relacionada con los negocios entre Brasil y México y la primera declaración solemne del inicio de sus relaciones diplomáticas.

Al año siguiente los personajes involucrados en las negociaciones ante el gobierno de Londres habían cambiado. Por el lado mexicano salió Michelena, enviado como plenipotenciario de México al Congreso de Panamá que había sido convocado por Bolívar para reunirse en 1826, y su lugar fue ocupado por su hasta entonces indispensable secre-

de 1825, en AHITY/MRE/BR, 216-1-2, reproducido en *Relaciones*, 1964, pp. 41-42. Sobre el contexto general de las negociaciones en Londres, véase VÁZQUEZ, 2000, pp. 540-544.

¹² Hay decenas de obras que refieren los problemas diplomáticos de Brasil en los años inmediatos a su separación de Portugal. Los textos clásicos de referencia son ambos de BETHELL, 1970, y su extenso artículo BETHELL, 1991, publicado en el vol. v de la *Historia de América Latina*, editada por él.

¹³ Brant y Gameiro a Michelena. Londres, 5 de marzo de 1825, en AHGE/SRE, 5-9-8236; Michelena a Brant y Gameiro. Londres, 9 de marzo de 1825, en AHGE/SRE, 14-3-26, ambos reproducidos en *Relaciones*, 1964, pp. 54-55.

tario, el ciudadano ecuatoriano Vicente Rocafuerte. Por el lado brasileño salió Caldeira Brant, pero se mantuvo Gameiro, que comenzó a firmar con su recién obtenido título de Barón de Itabaiana, y que en enero de 1826 fue formalmente recibido por la corte de St. James como ministro brasileño, lo cual significó, al fin, el reconocimiento *de facto* de la independencia de Brasil. En agosto de ese mismo año, por mediación de un enviado británico a Rio de Janeiro, sir Charles Stuart, se firmaba el tratado por medio del cual también Portugal reconocía la separación de Brasil y, entre otras cosas, aseguraba para D. Pedro I los derechos de sucesión al trono portugués.¹⁴ Entre finales de mayo y mediados de octubre de 1828 le tocaría a Rocafuerte recibir y transmitir al gobierno mexicano (sin que éste hiciera ningún pronunciamiento al respecto) las comunicaciones de Itabaiana sobre la crisis de la sucesión portuguesa, la cual puso inicialmente en peligro los derechos de Pedro I como heredero del trono de Portugal tras la muerte de su padre, João VI. Este episodio culminó con su abdicación, como Pedro IV, en favor de su hija, la princesa doña Maria da Glória, quedando él, Pedro, emperador de Brasil, como tutor durante el periodo en que la nueva reina, doña Maria II, fuera menor de edad.¹⁵

EL OCASO DEL PRIMER REINADO Y LA AMERICANIZACIÓN DE BRASIL

Una vez resuelta la crisis portuguesa, que ocupó por completo todos los sectores de la diplomacia brasileña, puesta al servicio de los intereses particulares de D. Pedro, y sancionados los reconocimientos de las potencias europeas a la independencia de los países iberoamericanos, el recién nombrado encargado de negocios de México en Londres, en agosto de 1829, Manuel Eduardo de Gorostiza, reanudó

¹⁴ BETHELL, 1991, p. 201.

¹⁵ Los documentos intercambiados entre las dos legaciones referentes a la sucesión portuguesa pueden consultarse en AHGE/SRE, 14-3-63; 14-3-23, y 5-8-7981, reproducidos en *Relaciones*, 1964, pp. 60-75.

los contactos con su homólogo brasileño, Eustaquio Adolfo de Mello Mattos. Se trataba de concretar, sobre la base de las negociaciones realizadas en 1824 por Brant y Gameiro, por un lado, y Michelena, por el otro, y concluidas en marzo de 1825, el establecimiento de relaciones diplomáticas efectivas entre México y Brasil. En esos tres años y medio no se había avanzado un milímetro, y todo había quedado en la declaración de Michelena, completamente formal, de que las relaciones estaban, de hecho, establecidas desde el momento en que el emperador de Brasil había manifestado su disposición de hacerlo. Después de eso, preguntaba Gorostiza, “¿Quién puede negar que el Brasil y México no están hechos para conocerse bien y para entenderse?”. Y, a seguir, volvía a proponer la firma de un Tratado de Amistad y Comercio, que sería negociado “sobre la base de la más absoluta reciprocidad, a la manera de las que [México] ya ha negociado con las Naciones más favorecidas”.¹⁶

La reacción de Mello Mattos fue exactamente igual a la que sus predecesores habían tenido en relación con el avance de Michelena: pidió una nota formal con la propuesta para enviarla a su gobierno y esperar instrucciones.¹⁷ Pero, a partir de ese momento, los movimientos en favor de una aproximación concreta parecieron acelerarse, con respuestas positivas y estimulantes del gobierno brasileño que, sin embargo, no le dio a Mello Mattos poderes para negociar con Gorostiza, sino que prefirió solicitar el envío de un negociador mexicano a Rio de Janeiro. El argumento, expuesto por Gorostiza a Lucas Alamán, ministro de Relaciones Exteriores de México, era que Brasil nunca había firmado tratados internacionales en Europa, pues todos se habían celebrado en Rio de Janeiro. El repentino interés del gobierno brasileño por estrechar relaciones con el de

¹⁶ Gorostiza a Mello Mattos. Londres, 26 de noviembre de 1829, en AHGE/SRE, 5-8-8041 y AHITY/MRE/BR, Londres, 216-1-8 de *Relaciones*, 1964, pp. 79-80.

¹⁷ Mello Mattos a Ministro de Relaciones Exteriores. Londres, 28 de noviembre de 1829, en AHITY/MRE/BR, Londres, 216-1-8, en *Relaciones*, 1964, p. 76.

México se extendía a otros países del continente, pues Rio de Janeiro ya había mandado enviados a Colombia y Perú, había constituido un Cónsul General en Río de la Plata, y se disponía a nombrar inmediatamente Cónsules Generales Encargados de Negocios Interinos para México, Guatemala, Chile, Bolivia y Uruguay.¹⁸ Se trataba de una verdadera ofensiva diplomática motivada, aparentemente, por el creciente aislamiento del imperio, que se resistía a resolver el problema de la esclavitud. Así lo expresaba Gorostiza: "Parece [...] que los sinsabores que el Brasil recibe cada día de algunos Gabinetes Europeos han convencido al cabo al Emperador Dn. Pedro de la necesidad que tiene de *Americanizarse* más y más".¹⁹ Sin embargo, a pesar de la buena disposición, un nuevo elemento, que resultaría ser de larga duración, se interpondría en las negociaciones: mucha distancia y poco dinero. En efecto, el gobierno mexicano, con las arcas vacías, se declaró incapacitado para cumplir los deseos brasileños de enviar un emisario a la distante Rio de Janeiro, ciudad a la que tendría que accederse a través de puertos europeos, de preferencia el de Génova. En vez de cometer la descortesía de proponer lo contrario, que

¹⁸ Todo indica que desde inicios de 1830 el gobierno brasileño había tomado la decisión de enviar Encargados de Negocios y Cónsules Generales a diversos países de Hispanoamérica, entre ellos México. Esa medida, que fue considerada por la diplomacia mexicana como el reconocimiento de la independencia de México por Brasil, había sido transmitida por el ministro de Relaciones Exteriores del imperio al plenipotenciario brasileño en Washington, que la hizo del conocimiento de los agentes diplomáticos interesados. Pin e Almeida a Araujo Ribeiro. Rio de Janeiro, 10 de mayo de 1830, en AHITY/MRE/BR, 235-1-16; Tornel a Alamán. Baltimore, 2 de julio de 1830, en AHGE/SRE, 5-9-8236, en *Relaciones*, 1964, pp. 111-113.

¹⁹ Gorostiza a Alamán. Londres, 22 de abril de 1830, en AHGE/SRE, 5-9-8236, reproducido en *Relaciones*, 1964, p. 86. Véanse también los despachos de Gorostiza a Viesca. Londres, 16 de diciembre de 1829, en AHGE/SRE, 5-8-8041; Mattos a Gorostiza. Londres, 5 de febrero de 1830, en AHGE/SRE, 14-3-26; Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil [sin firma] a Mattos. Rio de Janeiro, 18 de febrero de 1830, en AHITY/MRE/BR, 218-4-2; P.D. a Gorostiza. México, 27 de febrero de 1830, en AHGE/SRE, 5-9-8236, y Mattos a Gorostiza. Londres, 19 de abril de 1830, en AHGE/SRE, 5-9-8236 en *Relaciones*, 1964, pp. 82-87.

Brasil enviara un emisario a la ciudad de México, Gorostiza recibió instrucciones de insistir en que los tratados fueran negociados por los representantes de ambos países en Londres o bien en Washington. Se quejaba Lucas Alamán:

Hay tanta distancia y tan pocos medios de comunicación entre esta República y el Brasil, que aunque son grandes los deseos del vicepresidente para concluir el establecimiento formal de nuestras relaciones [...] será imposible que se envíe desde aquí el negociador de que se trata, por los muchos costos que demandaría su viaje y sobre todo porque muy tarde y difícilmente tendría comunicaciones con el Gobierno, circunstancia muy embarazosa para cualquiera que se encarga de una comisión de esa naturaleza.²⁰

La propuesta iba acompañada de la reiteración de la profesión de fe americanista del gobierno mexicano, que se felicitaba del “desengaño” del emperador y de que finalmente hubiera llegado a la conclusión de que era en América donde debía buscar “el bienestar y prosperidad del país que gobierna”, además de cerrar con una frase que contenía, inadvertidamente, un velado germen de rivalidad que habría de marcar las relaciones entre los dos países: “[...] se observa fácilmente que el Brasil en la [América] del Sur y México en la del Septentrión son los destinados a figurar de una manera grandiosa y respetable en cada parte del mundo”. Gorostiza no llegó a presentar la propuesta de manera integral porque Mattos, cuando supo de las dificultades mexicanas, declaró que eso podría ser visto en Brasil como signo de desinterés en el establecimiento efectivo de relaciones, que por otro lado, cuando al gobierno de Rio de Janeiro le interesaban tanto ahora que ya había incluido en el presupuesto del año siguiente la partida correspondiente para enviar y mantener en la ciudad de México a un encargado de negocios.

Por esos años, a la distancia y la escasez de recursos para costosas misiones diplomáticas que no auguraban ningún

²⁰ Alamán a Gorostiza. México, 10 de julio de 1830, en AHGE/SRE, 5-9-8236, en *Relaciones*, 1964, p. 89.

retorno económico inmediato, se sumó otro factor que sería determinante en la historia subsiguiente de las difíciles relaciones entre México y Brasil: la sombra de Estados Unidos de América y la poderosa atracción de una fuerza y un mercado crecientes. A fines de abril de 1831, cuando todavía no llegaban ni a México ni a Londres las noticias de la intención del gobierno brasileño de nombrar un encargado de negocios para residir en la ciudad de México, y Mello Mattos continuaba sin poder responder a las propuestas de Gorostiza para entablar negociaciones directas, Lucas Alamán informó a su enviado ante la corte británica que el ministro brasileño en Washington había indicado a su análogo mexicano que Rio de Janeiro pensaba en darle poderes para negociar un tratado con México. Eso había llevado al gobierno de este país a otorgar poderes semejantes a su plenipotenciario en Estados Unidos, José María Montoya.²¹ Probablemente las mismas consideraciones hechas por el gobierno mexicano para no enviar un emisario a Rio de Janeiro habían convencido al gobierno brasileño de que era necesario resolver el problema de manera más sencilla y menos costosa.

A partir de ese momento, el foco y los intereses comprometidos en el establecimiento de relaciones entre ambos países se mudaron a la capital de Estados Unidos, Washington, y aunque el cambio haya sido breve, pues el papel de ambos representantes sería rápidamente superado por el nombramiento recíproco de enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios, fue suficiente para colocar en el tapete de las negociaciones el "factor EUA". En efecto, desde un año antes de que Montoya recibiera poderes para negociar con la legación de Brasil, su antecesor en el cargo, José María Tornel, había iniciado contactos con el plenipotenciario brasileño, José de Araujo Ribeiro, en términos semejantes a los que Gorostiza y Mello Mattos entablaban en Londres. Si acaso, la propuesta de Tornel era más explícita en la medida en que ofrecía al diplomático brasileño la po-

²¹ Alamán a Gorostiza, México, 30 de abril de 1831, en AHGE/SRE, 7-16-14, en *Relaciones*, 1964, pp. 93-94.

sibilidad de un tratado comercial que extendiera a Brasil el tratamiento de Nación más Favorecida que México dispensaba a las otras antiguas colonias españolas del continente y que se negaba a otorgar a Estados Unidos, entre otros.

La renuencia mexicana y las exigencias estadounidenses para obtener ventajas, tenían todo para convertirse en un incidente internacional, y el enviado brasileño razonaba que, no habiendo sido Brasil una posesión española (aunque de hecho lo fue, brevemente, durante la unión de las dos coronas ibéricas en el último cuarto del siglo XVI y primeras décadas del XVII), su inclusión en el grupo de naciones más favorecidas abriría espacio para que muchas otras, en primer lugar Estados Unidos, exigieran el mismo tratamiento. Así, en el caso de Washington, las conversaciones serían puestas inmediatamente en un contexto de relaciones triangulares que habrían de ser de allí en adelante, prácticamente hasta nuestros días, de una u otra manera, la pauta de los contactos entre México y Brasil.

El problema nació, en un principio (y así habría de conservarse), de posiciones opuestas de ambos países respecto a Estados Unidos, pues mientras México sostenía una serie de conflictos que en cualquier momento podrían degenerar en un enfrentamiento armado, Brasil buscaba a toda costa estrechar relaciones amistosas con el país anglosajón y veía las propuestas del gobierno de México como intentos de reforzar sus posiciones ante Estados Unidos, algo con lo cual las autoridades brasileñas consideraban que poco tendrían que ganar. Sin embargo, la amistad de México tampoco era de despreciarse, pues las miradas geopolíticas de los representantes del gobierno de Rio de Janeiro, entrenadas en los enmarañados problemas diplomáticos y militares de la región de Río de la Plata, percibían bien su importancia. Esa compleja perspectiva de intereses y posturas, que en lo sucesivo jugaría un papel preponderante en las relaciones entre los dos países, era así delineada por el ministro brasileño en Washington, Araujo Ribeiro:

[...] he pensado y he entrevistado que el Gobierno de México tal vez desearía que sus relaciones con el Imperio de Brasil fueran

más allá del nombramiento de representantes recíprocos y de un tratado de comercio. En México existen todos los elementos para una ruptura con los Estados Unidos de América si este Gobierno no procura evitarla, y el Gobierno Mexicano desearía en tal caso contar con más naciones en América que lo ayudasen en una causa que él por ventura diría que es una causa Americana. Sin embargo, como a Brasil no le convienen las guerras, y como México está todavía muy verde en política externa, creo que Su Majestad el Emperador estará bien lejos de querer jugar los más importantes intereses de Brasil con las cartas de la inexperiencia mexicana. [...] Entre tanto, Brasil puede avanzar en sus relaciones con México solamente hasta donde le convenga: si no le conviene tener con él tratados de alianza, le convendrá tener un tratado de comercio, y también le convendrá iniciar cuanto antes, en la presente ocasión, relaciones de amistad con una nación que es, y será, una de las principales de América, y que por su posición geográfica respecto a la nuestra parece estar destinada a ser uno de nuestros aliados naturales en el continente.²²

La percepción de la importancia que a México le concedía, entre otras cosas, su posición geográfica, era correspondida por una visión semejante del gobierno mexicano respecto a Brasil. En las entrelineas de esas declaraciones se construía una nueva constante de las relaciones bilaterales, que venía a sumarse a las dificultades que la distancia y el costo excesivo de las misiones diplomáticas significaban para las relaciones entre naciones ya seriamente endeudadas en el exterior, a la conversión de Estados Unidos en un punto de referencia que triangulaba el contacto, y a la insustancialidad comercial del intercambio posible (un tema que será desarrollado un poco más adelante): México reconocía que Brasil, “por la estabilidad que va tomando su Gobierno y tranquilidad de que goza”, era la nación llamada a desempeñar un papel central en América del Sur, del mismo modo como México lo haría en la América septentrional, por lo menos, claro está, en re-

²² Araujo Ribeiro a Miguel Calmon du Pin e Almeida. Washington, 1º de marzo de 1830, en AHITY/MRE/BR, 233-3-1, en *Relaciones*, 1964, pp. 103-106.

lación con los países centroamericanos y caribeños, y si no por las mismas condiciones políticas de Brasil, tan distantes de la realidad mexicana de la época, al menos “por los elementos que para ello reúne”.²³ No obstante, los intereses de Tornel para entablar negociaciones con Brasil, al contrario de lo que pensaba Araujo Ribeiro, no estaban centrados en los tratados de amistad, alianza o de comercio, sino precisamente, en el establecimiento de una misión mexicana en Rio de Janeiro, pues no sólo había sido el imperio brasileño reconocido “por todas las naciones civilizadas”, sino que la corte imperial era un verdadero nido de diplomáticos y agentes europeos, “donde sin duda se ponen en movimiento todos los resortes para extinguir las Repúblicas de América y levantar monarquías sobre sus escombros”.²⁴ Era la reiteración de la constante que faltaba: la desconfianza republicana originaria hacia un imperio encabezado por un príncipe portugués.

En el marco de la iniciativa brasileña de enviar un encargado de negocios a México, fechada a inicios de 1830, se produjo en septiembre de ese mismo año, la primera comunicación directa entre el ministro mexicano de Relaciones Exteriores, Lucas Alamán, y su homólogo brasileño, Miguel Calmon du Pin e Almeida, Marqués de Abrantes, por medio de la cual se enviaba una carta de Gabinete del vicepresidente en ejercicio del gobierno mexicano, Anastasio Bustamante, dirigida al emperador de Brasil, con motivo del nombramiento del primer cónsul general brasileño en México.²⁵ En el documento que acompañaba la carta, Alamán aprovechaba para dar todas las seguridades de la consolidación del orden público en México. Y buenos motivos tenía para hacerlo, pues al final de la primera década como nación independiente, México mostraba al mundo lo difi-

²³ Alamán a Tornel. México, 4 de octubre de 1830, en AHGE/SRE, 5-9-8236, reproducido en *Relaciones*, 1964, p. 111.

²⁴ Tornel a Alamán. Baltimore, 6 de marzo de 1830, en AHGE/SRE, 5-9-8236, en *Relaciones*, 1964, p. 110.

²⁵ El enviado inicial era Isidoro da Costa e Oliveira, nombrado en 6 de abril de 1830, pero despedido cuatro días después. Véase LACOMBE, 1964, n. 41, p. 508.

cil que sería la construcción y consolidación de un estado nacional y de un orden público estable en el antiguo virreinato de la Nueva España. Como es sabido, en las elecciones de 1828 habían resultado elegidos Manuel Gómez Pedraza y Anastasio Bustamante como presidente y vicepresidente de la República, respectivamente. Ambos eran candidatos moderados y tenían el apoyo de un influyente sector de la élite política, los “imparciales”, partidarios del orden y naturalmente contrarios a la participación popular en la política.²⁶ La fracción federalista, encabezada por el general Vicente Guerrero, que practicaba estrategias “populistas” —o “popularistas”— *avant la lettre*, no aceptó el resultado de las elecciones y uno de sus principales cabecillas, Lorenzo de Zavala, promovió un levantamiento que impidió el ascenso de Gómez Pedraza en diciembre de 1828 y colocó a Guerrero en la presidencia en enero de 1829, y mantuvo a Bustamante como su lugarteniente.

A mediados de 1829 se produjo una más que anunciada invasión restauracionista española que atacó el puerto de Tampico y fue fácilmente derrotada por las tropas del general veracruzano Antonio López de Santa Anna. Pero la victoria contra el enemigo externo dio lugar rápidamente al reinicio de las hostilidades entre centralistas y federalistas; la presión de los primeros, entre los que sobresalían conservadores fuertemente vinculados con la Iglesia católica, logró la destitución de De Zavala —el principal soporte de Guerrero— del Ministerio de Hacienda, y aisló al presidente. Poco después, el vicepresidente Bustamante promovió un golpe y derrumbó a Guerrero, que se retiró de manera pacífica a sus posesiones en el sur, mientras Bustamante formaba su gabinete como encargado del Poder Ejecutivo en enero de 1830, y llamaba a Lucas Alamán, exiliado del poder desde 1825, de vuelta al Ministerio de Relaciones Exteriores y en calidad de hombre fuerte del nuevo régimen.²⁷

²⁶ Véase VÁZQUEZ, 2000, p. 536.

²⁷ Para un relato de los acontecimientos de finales de 1828 e inicios de 1830, véase BAZANT, 1991, pp. 112-113.

Aunque en Brasil también se habían vivido disturbios populares y conflictos políticos por esos mismos años, entre el partido portugués conservador y el brasileño liberal, nada podía compararse al desorden que parecía imperar en México, incluso si se considera que el gobierno de Rio de Janeiro enfrentaba también fuertes presiones externas, principalmente de Inglaterra, para abolir la esclavitud, lo que en esos momentos habría equivalido a decretar la muerte de todo su sistema productivo y de su estructura social.²⁸ En cierto sentido, la comunicación que Alamán enviaba al gobierno imperial de Brasil no era sólo el anuncio del beneplácito del gobierno mexicano por la decisión de nombrar un cónsul brasileño en el país. Se trataba ante todo de una carta cuya recepción y respuesta equivaldrían a un reconocimiento del nuevo estado de cosas y al estrechamiento de contactos entre una monarquía centralista y absolutista, y un gobierno que, a pesar de ser republicano y estar amparado por una constitución federalista, aplicaba medidas de centralización del poder, imponía su autoridad con base en silenciar a la oposición por medio de la censura, la prisión y el fusilamiento de los contrarios, en escalas sin precedentes, y era por primera vez en la corta historia de la nación, abiertamente apoyado por las clases propietarias, por la antigua aristocracia española y por las altas jerarquías del ejército y de la Iglesia.²⁹

El problema de la insustancialidad potencial del intercambio comercial llegó rápidamente a contribuir con su peso para condicionar las características de las posibles relaciones entre México y Brasil. Durante las negociaciones en torno de la firma del tratado comercial, el enviado brasileño en Washington tuvo que admitir que mientras México podía ofrecer a Brasil oro y plata, "que siendo buena mer-

²⁸ Sobre las presiones inglesas véase BETHELL y MURILO DE CARVALHO, 1991, *passim*.

²⁹ Alamán a secretario de Estado y del despacho de Relaciones Exteriores de S. M. el Emperador de Brasil. México, 30 de septiembre de 1830, en AHITY/MRE/, BR, 233-3-1, en *Relaciones*, 1964, pp. 117-118. Sobre el carácter autoritario y represivo del gobierno de Bustamante y los "Hombres de bien", véase COSTELOE, 1996, pp. 245 y ss.

cancía en todos los mercados lo han de ser también en los mercados de Brasil”, éste no tenía nada que México no produjera, lo cual hacía que las perspectivas de relaciones diplomáticas tuvieran que enfocarse en otras direcciones menos concretas. Si bien no habría productos que intercambiar, la mentalidad económica y política de la época otorgaba a un tratado de “comercio” las veces de un tratado de amistad, mediante el cual los intereses políticos de ambas naciones podría aproximarse. Por ese tratado, pensaba Araujo Ribeiro

[...] los Mexicanos se convencerán de que los sentimientos de Brasil para con ellos son amigables y los Brasileños creerán lo mismo de México, y unos y otros tendrán una prueba más de que el Gobierno Imperial no se niega a unirse en amistad con las Repúblicas de América. Además, nadie que mire la carta de este continente dejará de ver que México, por su posición geográfica, está destinado a ser el aliado natural de Brasil.

La garantía final del buen entendimiento entre los dos países que el enviado imperial a Washington auguraba, residía en el hecho de que la distancia entre ambos, que podría ser un obstáculo al intercambio, era también una garantía de ausencia de conflictos de límites y jurisdicción territorial —la máxima ya conocida de que “sólo hay conflictos donde hay fronteras”—, un asunto que ocupaba el primer lugar de la agenda diplomática brasileña en los años subsiguientes a la pérdida de la Provincia Cisplatina, en el extremo sur, y a su transformación en el estado de Uruguay.³⁰ De esa manera (y sin que haya necesidad de recurrir a trucos ilusionistas y visiones retrospectivas para demostrarlo), antes de concluir la primera década de las independencias de México y Brasil, y antes incluso, de que se hubiera consolidado cualquier contacto formal entre ambas naciones, las coordinadas de los problemas que interferirían en el futuro para el establecimiento de relaciones

³⁰ Araujo Ribeiro a Ministro. [Washington], 15 de diciembre de 1831, en AHITY/MRE/BR, 233-3-1, en *Relaciones*, 1964, pp. 119-121.

estrechas ya estaban dadas: la distancia y la escasez de recursos para mantener misiones recíprocas; la interposición de la presencia ominosa de Estados Unidos en las relaciones entre México y Brasil; el mutuo reconocimiento de un liderazgo regional facilitado por la distancia (pero que, sin embargo, conforme el mundo se achicaba, resultaría más un problema que un motivo de alianzas); y, por último, la naturaleza no complementaria, más competitiva, de las dos economías, destinadas a convertirse en las más fuertes del continente. El rumbo político de las relaciones parecía ser, de hecho, el único posible, y el gobierno mexicano de Bustamante y Alamán, mucho más seguro de sí de lo que las circunstancias reales lo aconsejaban, lo expresaba así:

[...] los Estados Unidos Mexicanos y el Imperio del Brasil están destinados a ser las primeras naciones de las nuevas del Continente Americano, ya por su posición geográfica como por el arreglo y economía de la marcha de su administración; que las relaciones que se establezcan consolidarán los intereses recíprocos, y que las dos naciones prestarán en la balanza de la política Americana todo el poder necesario para sostener el equilibrio y uniformar las relaciones internacionales.³¹

En inicios de 1831, Alamán decidió enfriar las conversaciones y esperar la llegada del representante brasileño a México, cuando entonces se enviaría, en reciprocidad, un emisario mexicano a la capital de Brasil.³² Fue así como, en marzo de 1831, ante la imposibilidad de ver concretado el viaje del nombrado (y en seguida dimitido) cónsul general de Brasil en México, Bustamante concedió al nuevo encargado de negocios en Estados Unidos, José María Montoya, plenos poderes para negociar y firmar “un tratado de amistad, comercio y navegación bajo las instrucciones que ha recibido, y que se le irán dando sucesivamente”, con el re-

³¹ Tornel a Araujo Ribeiro. Baltimore, 3 de diciembre de 1830, en AHGE/SRE, 5-9-8236; AHITY/MRE/BR, 233-3-1, en *Relaciones*, 1964, pp. 121-122.

³² Alamán a Gorostiza, México, 31 de enero de 1831, en AHGE/SRE, 5-9-8236, en *Relaciones*, 1964, pp. 91-93.

presentante brasileño en Washington. La primera instrucción fue no firmar nada hasta que le llegara la copia del tratado celebrado por México con Prusia, más conveniente a los intereses nacionales que el celebrado con Chile y que, aparentemente, era hasta entonces el modelo de acuerdo con el cual se redactaría el tratado con Brasil.³³

A partir de ese punto las conversaciones se interrumpieron. Los prometidos emisarios brasileños no fueron enviados, seguramente a causa de los crecientes conflictos que el gobierno de Pedro I enfrentaba en Rio de Janeiro, particularmente la llamada *Noite das Garrafadas* (noche de los botellazos), ocurrida en mediados de marzo de 1831, que dio inicio a un periodo de cinco días y cinco noches de disturbios y luchas callejeras entre los que apoyaban y los que atacaban al emperador y a su partido, dos portugueses. Los tumultos culminaron el 7 de abril de 1831 cuando el impetuoso monarca no tuvo más remedio que abdicar al trono brasileño en favor de su hijo, D. Pedro II, entonces con cinco años de edad, y dejar el gobierno del imperio en manos de una Regencia Triple.

Súbitamente, el país que había sido hasta ese momento ejemplo de estabilidad y orden público se vio, en la mexicana expresión de Torel, "entregado a la anarquía". La abdicación del príncipe portugués concretaba así por fin la verdadera separación de Brasil de su metrópoli colonial, encerraba la aventura de la corte lusitana en América y volvía a Europa por los mismos medios que su familia había empleado en 1808 para emigrar de la Península, a bordo de una fragata inglesa.³⁴ Sin embargo, a pesar de varios días de excesos y disturbios callejeros, la calma retornó rápidamente y el contraste entre el modo brasileño y el de las otras repúblicas americanas de resolver los problemas internos quedó una vez más en evidencia. En efecto, si a fines de mayo de 1831, Tor-

³³ El decreto de Bustamante está en AHGE/SRE, 7-16-14; las instrucciones a Montoya son de mayo de 1831 y están en AHGE/SRE, 5-16-8798, ambos en *Relaciones*, 1964, pp. 126-127.

³⁴ Tornei a Alamán. Baltimore, 24 de mayo de 1831, en AHGE/SRE, 5-16-8798, en *Relaciones*, 1964, p. 128.

nel, al relatar la “anarquía” en que había caído Brasil, hablaba de una degollación general de portugueses, en 6 de junio, Montoya enviaba un informe que habría con la siguiente sentencia: “La tormenta que amenazaba al Brasil se ha disipado [...] El país [está] ya tranquilo y contento con la Regencia que gobierna en nombre de D. Pedro 2^o.”³⁵

El ascenso del partido brasileño al poder y la formación de una Regencia Triple de índole liberal para gobernar en nombre del joven emperador, marcó un giro radical en la política externa brasileña, que se orientó desde el primer momento de la nueva situación a tratar de deshacer la imagen absolutista, promonárquica y proeuropea que había sido la marca de la diplomacia del primer reinado. Ahora, con la partida de D. Pedro I y de su numeroso grupo de seguidores portugueses, Brasil de hecho se separaba, finalmente, de Portugal, y comenzaba a ser gobernado por una oligarquía criolla que se equivalía, a pesar de los títulos nobiliarios y otras características nacionales, a las que gobernaban el resto de los países del subcontinente. Esa americanización de Brasil, que ahora contaba con un emperador nativo, tuvo consecuencias inmediatas: uno de los primeros actos de la Regencia en materia de política exterior fue reiterar el nombramiento de un encargado de negocios para residir en la ciudad de México, una decisión anunciada desde inicios de 1830 y que Gorostiza comunicó a la Cancillería en julio de 1831.³⁶ Al mes siguiente, el gobierno mexicano nombraba a Juan de Dios Cañedo, quien había sido ministro de Relaciones Exteriores durante la administración de Guadalupe Victoria, como su enviado ante la corte de Rio de Janeiro, con la advertencia de que, dadas las distancias y lo complicado del viaje, no se podría esperar que arribase a la capital imperial en menos de ocho meses.³⁷

³⁵ Montoya a Alamán. Washington, 6 de junio de 1821, en AHGE/SRE, 5-16-8798, en *Relaciones*, 1964, p. 129.

³⁶ La información provenía de la “Gaceta oficial”. Gorostiza a Alamán. Londres, 21 de julio de 1831, en AHGE/SRE, 5-16-8799, reproducido en *Relaciones*, 1964, pp. 94-95.

³⁷ Gorostiza a ministro de Relaciones. Londres, 21 de julio de 1831, en AHGE/SRE, 5-16-8799; Mello Mattos a ministro de Relaciones Exte-

LA MISIONES CAÑEDO Y PONTE RIBEIRO,
LAS INSTRUCCIONES A SANTO AMARO Y EL SEGUNDO
FRACASO DE LA UNIÓN CONTINENTAL

El hecho de que Cañedo fuera también plenipotenciario en varias de las repúblicas de América del Sur (Perú, Chile, Buenos Aires, Bolivia y Paraguay) muestra el estado en que se encontraba la diplomacia mexicana en esos momentos, no muy diferente, por cierto, de la del resto de los países del continente.³⁸ Al mismo tiempo, Brasil nombró un Cónsul General encargado de negocios, específico para México, João Batista de Queirós. Cuando se hizo el anuncio del nombramiento al representante mexicano en Estados Unidos se le informó también que el viaje que llevaría a Cañedo a sus nuevos destinos se iniciaría por Brasil, donde debería aprovechar para negociar y firmar el bendito Tratado de Amistad, Comercio y Navegación.

De hecho, las instrucciones contemplaban la posibilidad de que Cañedo partiera directamente para Perú e iniciara sus gestiones ante el gobierno de Lima, donde debía fijar su residencia, seguramente por una cuestión de reconocimiento mutuo derivado de la importancia de ambos países como los ex virreinos más poderosos de la época colonial, pero también por haber sido Perú el primero en reconocer la independencia de México y el único que ofreció el apoyo de una fuerza armada cuando se inició la invasión de Barradas a Tampico. Después de Lima, Cañedo debería continuar sus tareas diplomáticas en Chile y de allí pasar a Buenos Aires. Sin embargo, como era poco probable que se consiguiera un navío que saliera de puertos mexicanos hacia el sur, y lo indicado era iniciar el viaje por Estados Unidos,

riores. Londres, 15 de agosto de 1831, en AHITY/MRE/BR, Londres, 216-1-12, ambos en *Relaciones*, 1964, pp. 94-95.

³⁸ El nombramiento de Cañedo está en Alamán a Cañedo. México, 3 de junio de 1831. AHGE/SRE, 5-16-8798; el anuncio del nombramiento a las autoridades brasileñas está en Anastasio Bustamante a Emperador del Brasil y en Alamán a ministro de los Negocios Extranjeros de S. M. el Emperador del Brasil, ambos fechados en 3 de junio de 1831, en AHGE/SRE L-E-299, reproducido en *Relaciones*, 1964, pp. 141-145.

donde había mayor oferta de transporte, aunque ningún control sobre el itinerario, había una casi certeza de que el primer país que se visitaría sería Brasil:

Todo lo anterior se ha escrito en el concepto de que el Sr. Cañedo pueda efectuar su viaje por el mar del Sur, en derechura al Perú o á Chile, pero como no hay probabilidad ninguna de que esto pueda conseguirse, el Sr. Cañedo tendrá que dirigirse a los Estados Unidos, para buscar allí buque para el punto que más comodidad ofrezca. En este caso el V. P. desea que el Sr. Cañedo se dirija al Brasil antes que á ninguna otra parte.

Sin embargo, por causa de la diminuta oferta de transporte, Cañedo tuvo que mudar el itinerario y dirigirse a Cartagena, Colombia, de allí a Panamá y finalmente a Lima, donde se estableció, evitando así la escala en Rio de Janeiro, adonde nunca habría de llegar.³⁹ Por su parte, las instrucciones dadas por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil a Queirós, en vísperas de su partida hacia México, eran una clara muestra del giro que la política externa de Brasil prometía dar una vez consolidada la naturaleza nacional del gobierno, que ya no estaba encabezado por un portugués, pero que reafirmaba su naturaleza monárquica. En ellas se le decía qué hacer a su llegada a México:

En esa ocasión, así como en cualesquiera otras que se le presenten, buscará usted con toda destreza, desvanecer todas las prevenciones en contra de hacer una perfecta liga con las otras naciones Americanas [que] pueda haber producido el equívoco comportamiento del Gobierno del ex Emperador; haciéndole ver al Ministro competente que el principal objeto de nuestra gloriosa revolución, con tanto fortuna realizada el 7 de abril corriente, fue el de eximirnos de la influencia portuguesa que por algunos años nos dominó, no habiendo sido sino nominal la Independencia, que con tanto costo habíamos conseguido, de una Metrópoli que no esclavizara por siglos. A esta causa pues únicamente se debe atribuir la falta de relaciones

³⁹ Véanse las "Instrucciones particulares al Sr. Cañedo", citadas en la n. 45.

diplomáticas entre los dos Países, y nunca a diferencias de formas Governativas, que en nada pueden disminuir la natural simpatía y afecto que ligan a todos los corazones americanos.

Es más que probable que la referencia al “equivoco comportamiento del ex Emperador”, que podría haber estado sustentada en tantos elementos, encuentre su principal explicación en las *Instrucciones secretas para el Marqués de Santo Amaro*, un documento firmado en abril de 1830 por el antiguo ministro Miguel Calmon du Pin e Almeida, días antes de derrocar a Pedro I, y que llegó a las manos de Gorostiza en enero de 1832, por canales argentinos. El documento era una demostración patente de la política proeuropea del antiguo emperador, que iniciaba con una descripción de la deplorable situación en que se veía la incipiente monarquía brasileña, obligada a convivir con “el cuadro lastimoso, inmoral y peligroso en que figuran tantos pueblos abrazados por el volcán de la anarquía y casi próximos a una completa aniquilación”. En consecuencia, se instruía a Santo Amaro a participar en cualquier reunión destinada a resolver “tan espinoso asunto”, una vez que Brasil, al encontrarse “rodeado de Estados que fueron de España”, no podía simplemente aislarse e ignorar los peligros que significaban sus belicosos vecinos, sino que debía participar activamente en su pacificación. En el fondo de la cuestión se trataba de negociar la participación del gobierno brasileño en cualquier plan, conspirativo o no, de recuperación de los países americanos para la causa monárquica europea. La propuesta del ministro de Pedro I no podía ser más clara:

[...] el único medio eficaz señalado para la pacificación y constitución de las antiguas colonias españolas, es el de establecer monarquías constitucionales o representativas en los diferentes estados que se hallan independientes. Las ideas propaladas y los principios adquiridos en el curso de veinte años de revolución, obstan a que la generación presente se someta de buena gana a la forma de Gobierno absoluto.

Sin embargo, la constitución de esos sistemas monárquicos debía respetar la integridad de los países que se inde-

pendizaron y se constituyeron territorialmente como naciones soberanas.⁴⁰ Una copia del documento fue enviada con toda celeridad a Cañedo, ya en Lima, quien prometió usarlo como fundamento para su misión.⁴¹ No obstante, decretada, en efecto, la independencia de Portugal, Brasil se volvía ahora hacia las otras jóvenes naciones americanas, estigmatizaba y exorcizaba las antiguas pretensiones monárquicas de Pedro I, y comenzaba a compartir (y lo haría al menos por corto tiempo) los temores de aventuras restauracionistas, las amenazas, reales o imaginadas de la Santa Alianza, buscando, como antes lo había hecho México, en las declaraciones de motivos para estrechar relaciones con todos los países surgidos del antiguo sistema colonial, el apoyo y la identidad continentales. En agudo contraste con el documento destinado a Santo Amaro, decía el nuevo Ministerio brasileño en sus *Instrucciones*

⁴⁰ Entre otras cosas, Santo Amaro debía también convencer a las potencias europeas de que la Banda Oriental (actual Uruguay) —antigua Provincia Cisplatina que Brasil había recuperado en 1821 y perdido otra vez en 1825— debía ser reincorporada al imperio, o al menos convertida en un estado tapón que, constituido como Gran Ducado o Principado, no formara nunca parte de la “monarquía argentina”. Los futuros monarcas debían pertenecer, evidentemente, a la casa de Borbón, cuyos príncipes, “además del prestigio que los acompaña por ser los descendientes, o deudos inmediatos de la dinastía que por tantos años reinó sobre esos mismos estados, ofrecen por sus poderosas relaciones de sangre y amistad con tantos soberanos, una garantía sólida de tranquilidad y consolidación de las nuevas monarquías”. A la primera designación de “jóvenes príncipes” para cabeza de alguna de esas imaginadas coronas, Santo Amaro debía inmediatamente promover el casamiento “entre ellos y las princesas del Brasil”. El único límite se refería a la imposibilidad del gobierno brasileño de “suministrar subsidios de dinero y de fuerzas terrestres o marítimas”, aunque, en caso de presión insostenible, podría obligarse “a defender y auxiliar el gobierno monárquico representativo que se estableciera en las Provincias Argentinas, mediante una suficiente fuerza naval estacionada en el Río de la Plata y la fuerza terrestre que mantiene en la frontera meridional del Imperio”. Véase “Instrucciones secretas para el marqués de Santo Amaro”. Río de Janeiro, 21 de abril de 1830, en AHGE/SRE 5-16-8800, en *Relaciones*, 1964, pp. 171-174.

⁴¹ Cañedo a José María Ortiz Monasterio, encargado del Despacho. Lima, 25 de junio de 1832, en AHGE/SRE 5-16-8800, en *Relaciones*, 1964, p. 176.

[...] no conviene perder de vista las artimañas de las Metrópolis, que podrán aún en tiempos futuros querer reivindicar caducos derechos, nunca sin duda realizables, pero que ocasionarán por ventura daños, si acaso los Estados Americanos, no entendiendo bien, como deben, sus intereses, no dejan de dilacerarse en continuas disensiones y guerras, y no hacen una masa compacta de todo este continente [...]⁴²

A su vez, las instrucciones recibidas por Cañedo, mucho más extensas y precisas, también eran específicas para los enviados a “las Repúblicas que antes fueron colonias Españolas”, y marcaban de esa manera las características especiales que debían tener las relaciones con esos países. Se emitían en momentos en que el conflicto con los colonos de Texas comenzaba a tomar proporciones alarmantes y el apoyo de Estados Unidos a su causa creaba una tensión insoportable. En ese contexto, el interés primordial de la misión de Cañedo era el mismo que México venía persiguiendo desde los primeros años de la independencia, pero ahora reforzado por la inminencia de acciones que ponían en peligro su integridad territorial: conseguir una alianza continental que bloqueara las amenazas europeas de restauración, de cobranza de indemnizaciones millonarias por pérdidas durante la guerra, y de todas las otras provenientes del clima de inseguridad en las fronteras del territorio mexicano, sobre todo en el norte, donde Estados Unidos se disponía a participar también en el banquete.

⁴² AHGE/SRE 5-16-8800, en *Relaciones*, 1964. Queirós, periodista y agitador inveterado de ideología muy moldeable, había sido nombrado en marzo de 1831, todavía durante el gobierno de Pedro I. Confirmado en el cargo por el gobierno de la Regencia el 12 de abril, no consiguió evitar involucrarse en violentos conflictos políticos acontecidos en Rio de Janeiro en julio de ese año, y fue cesado en 22 de julio, cuando se encontraba ya listo para partir. Véase Carneiro de Campos a Queirós. Rio de Janeiro, 3 de agosto de 1831, en *Diario Fluminense*, vol. 18, núm. 33, reproducido en *Relaciones*, 1964, pp. 138-139. No hay que olvidar que era el segundo enviado brasileño a México nombrado en el espacio de un año, que había sido dimitido antes de ocupar su cargo. Véase la n. 25. Sobre Queirós, véase Lacombe, “Notas a los documentos brasileños”, n. 46, pp. 510-511.

Acoplado a éste, se encontraba el raciocinio sobre las ventajas que Inglaterra, la primera potencia mundial, conseguía obtener con la firma de tratados comerciales bilaterales en los que se utilizaba una “reciprocidad imaginaria” que sólo beneficiaba a la pérfida Albión. Esa “reciprocidad imaginaria”, que era en cierto sentido el precio del reconocimiento de la independencia política, comenzaba a diseminarse por todos los tratados firmados por las Repúblicas americanas con las potencias europeas e incluso con Estados Unidos, puesto que todas reclamaban el mismo tratamiento que había obtenido Inglaterra

[...] y así es que toda la ventaja del comercio de nuestras nuevas repúblicas ha quedado para potencias que nos son enteramente extrañas, indiferentes a nuestra suerte y sólo interesadas en sacar de nosotros utilidades pecuniarias. Bajo este punto de vista la suerte de las Américas es hoy peor que en tiempo colonial, pues el comercio que entonces se hacía nos era mucho más propio que el actual que ejercen factores extranjeros los cuales luego que se enriquecen mandan [de] país y nos dejan privados de los capitales que se han formado con nuestros tesoros.⁴³

Las instrucciones incluían directrices para que el ministro mexicano se empeñara en preparar la realización de una reunión exclusiva de los ministros de las Repúblicas hispanoamericanas, que supliera a la que se había reunido bajo el nombre de “Congreso de Panamá” y que había resultado un fiasco por la presencia de enviados de Inglaterra y Estados Unidos, “las potencias que tienen los intereses mercantiles y aun políticos más encontrados con los nuestros y, por consiguiente, más empeñadas en embarazar los objetos de la reunión”. En ese encuentro, que podría realizarse en México, se analizarían diversos temas de interés común, que iban desde el estudio de una política externa

⁴³ “Instrucciones generales que de orden del V. P. se dan por el Ministerio de Relaciones exteriores e interiores a los Ministros Plenipotenciarios y enviados extraordinarios cerca de las Republicas que antes fueron colonias Españolas”. México, 3 de junio de 1831, en AHGE/SRE L-E-299, reproducido en *Relaciones*, 1964, pp. 144-153.

semejante ante las potencias europeas, fórmulas de ayuda mutua en caso de guerra y de arbitraje en caso de disensiones entre los nuevos estados, etc. Era una reunión “puramente de familia”, a la que habría que considerar, en consultas multilaterales, si se invitaba o no a Brasil, el cual, a pesar de ser un imperio navegando en un mar de repúblicas, “en lo demás tiene idénticamente los mismos intereses”. El problema central estribaba en saber, nuevamente, como se lo había preguntado Tornel, respecto al problema de los tratamientos preferenciales, si, habiendo sido “colonia de otra Potencia”, una invitación a Brasil no daría a ex colonias de otras potencias, como Estados Unidos, razones para exigir ser igualmente invitadas.⁴⁴

La misión de Cañedo consistía en montar las bases para la formación de un “Sistema General Americano” que excluyera a Estados Unidos y a Inglaterra, y que implicaba como paso previo la solución de los numerosos conflictos de límites que habían surgido entre las repúblicas americanas a partir de los primeros años de la supresión del dominio español en el continente. Cañedo tenía así la incumbencia de mediar entre Colombia y Perú para dirimir los problemas causados por la creación de Ecuador, cuyo territorio era reclamado por las dos primeras, y por la posesión de Guayaquil, igualmente reclamado por ambas; tenía que realizar labores semejantes para aplacar las hostilidades surgidas entre Buenos Aires y Perú por la invención bolivariana de Bolivia entre ambos, maniobra que los había privado de un territorio precioso; tenía, por fin, que contribuir para evitar la continuación de los conflictos entre las provincias y Buenos Aires, “motivo del mayor descrédito para las nuevas repúblicas”.⁴⁵ Sin embargo, la misión en Brasil tenía propósitos que iban más allá de la participación mexicana en la solución de las disputas entre las naciones del continente, un factor, por otro lado, que se veía como el gran obstáculo a la construcción de una política externa común.

⁴⁴ AHGE/SRE L-E-299, reproducido en *Relaciones*, 1964, pp. 144-153.

⁴⁵ “Instrucciones particulares al Sr. Cañedo.” México, 3 de junio de 1831, en AHGE/SRE L-E-299, en *Relaciones*, 1964, pp. 157-167.

En el caso de Brasil, donde se debían estudiar también las posibilidades de ejercer funciones de mediador en los pleitos con Argentina sobre la antigua Cisplatina que habían dado lugar a la creación de Uruguay, las ambiciones mexicanas eran mayores y se diseñaban como una verdadera jugada de tres bandas:

El imperio del Brasil debe por su posición ejercer un grande influjo en la América meridional: es menester trabajar para subordinar ese influjo al de México o por lo menos hacer que procedan de acuerdo estos dos grandes estados, los mayores de los que de nuevo se han formado en la América. Además, las relaciones de parentesco que el Emperador del Brasil tiene con el de Austria y el Rey de España acaso podrían servir mucho para lograr el reconocimiento de la independencia por ambos o al menos por el primero, y este reconocimiento decidiría de un golpe las relaciones con Roma y con todos los Estados de la Alemania y aun con la Rusia. Estas son las grandes ventajas que el V.P. se promete de la amistad del Emperador del Brasil, y que le harán esta preciosa, aun cuando las relaciones comerciales con aquel imperio haya de ser siempre por otra parte limitadas.⁴⁶

Las "Instrucciones particulares" reiteraban que el viaje debería partir de Estados Unidos hacia Brasil, para continuar por Buenos Aires, Chile, Perú y Bolivia, con el fin de retornar después a Perú, donde la legación mexicana fijaría su sede; asimismo, señalaban que sería necesario tomar todos los cuidados pertinentes para "evitar el que estas disposiciones causen celos entre las Repúblicas hermanas", y terminaban dando la verdadera magnitud que se le quería atribuir a la misión: "El Sr. Cañedo va a fundar el derecho internacional Americano, a establecer las bases de las relaciones que deben existir entre este hemisferio y el antiguo ligando entre sí miembros que hasta ahora han estado separados con grave perjuicio de todos".

Una vez llegado a Lima, Cañedo puso a funcionar los efectos explosivos del documento de Santo Amaro en una

⁴⁶ AHGE/SRE L-E-299, reproducido en *Relaciones*, 1964, pp. 144-153.

carta enviada al presidente peruano, Agustín Gamarra, en la que ponía aún más en relieve las conspiraciones de la Santa Alianza para empujar a España a recuperar sus antiguos dominios, que sólo no habían tenido éxito por causa de la caída de Carlos X de Francia.⁴⁷ Por las razones expuestas, y por el contenido del documento, la idea de la necesidad de unión entre las repúblicas se hacía más evidente.⁴⁸ Sin embargo, la primera comunicación de Cañedo con el gobierno del imperio de Brasil tuvo un tono muy diferente, pues le tocó informar, en junio de 1833, de manera casi subliminal, sobre el pronunciamiento de Santa Anna contra Bustamante que resultó en los acuerdos de Zavaleta por los cuales se restablecía el federalismo en México.⁴⁹ La breve, pero sangrienta guerra civil había paralizado la misión de Cañedo, que sólo tuviera tiempo de iniciar las gestiones necesarias para la nueva Asamblea de Estados Americanos propuesta por México junto al gobierno de Perú, antes de que la incertidumbre sobre el resultado del enfrentamiento entre las tropas de Santa Anna y Bustamante, cuando “circulaban noticias por todas partes pintándonos devorados con la anarquía y sin esperanzas probables de orden y paz”, le cortara las alas.⁵⁰ Una vez restablecida la paz interna en Mé-

⁴⁷ Como se recuerda, las pretensiones restauracionistas de algunas monarquías europeas, encabezadas por la Santa Alianza, que conformaban Austria, Prusia y Rusia, y con el vivo apoyo de la Francia de Carlos X, comenzaron a partir de la restitución de Fernando VII en el trono español. La extensión a América de la victoriosa expedición a España era una especie de “segunda reconquista”, firmemente combatida por el gabinete inglés encabezado por Canning, que tenía sus propios intereses en la independencia política de los nuevos estados y, sobre todo, en la desaparición de cualquier otra influencia europea sobre el continente americano. Sobre eso véase WADDELL, 1991.

⁴⁸ Cañedo a Gamarra. Lima, 7 de agosto de 1832, en AHGE/SRE, 44-23-37 (ii), en *Relaciones*, 1964, pp. 179-180.

⁴⁹ Cañedo a secretario de Relaciones Exteriores de Brasil. Lima, 21 de junio de 1833, en AHITY/MRE/BR 287-2-8, reproducido en *Relaciones*, 1964, pp. 183-184.

⁵⁰ Cañedo a secretario de Relaciones Exteriores de México. Lima, 25 de junio de 1833, en 25 de junio de 1833, en AHGE/SRE L-E-873, en *Relaciones*, 1964, pp. 184-185. En el resto del documento, el enviado mexicano hace un breve recuento de las gestiones que ha realizado, relativo a

xico, Cañedo consiguió llegar a Valparaíso para proseguir con su misión y desde allí, en septiembre de 1833, se dirigió al ministro de Relaciones Exteriores de Brasil pidiendo que se autorizara al nuevo agente diplomático que el imperio iba a nombrar para residir en Bolivia, a que hiciera una escala en Valparaíso para firmar allí un tratado de amistad y comercio entre México y Brasil. La respuesta no tardó en llegar, dando la negociación por inútil a la luz de la designación de un encargado de negocios para México, que era quien debía ocuparse de ese asunto.⁵¹ Poco después, en octubre de 1835, la misión de Cañedo en América del Sur era abruptamente suspendida, por la segunda vez, ante las dificultades para conseguir el acuerdo necesario que permitiera celebrar la pretendida asamblea de representantes de las naciones americanas en México y por la falta de recursos para mantener una Legación que no tenía más razón de ser.⁵² Sin embargo, además de la dimisión del secretario de la Legación, Juan Nepomuceno Almonte, nada sucedió y la orden fue revocada en inicios de 1837 sin que Cañedo hubiera interrumpido sus funciones durante el lapso en que estuvo “dimitido”.⁵³ En julio de 1838, sin tener aparente-

“los otros negocios a mi cargo”, y enumera los contactos establecidos con Perú, Chile y Bolivia, pero no hace ninguna referencia a Brasil.

⁵¹ Cañedo a ministro de Relaciones Exteriores de Brasil. Valparaíso, 25 de septiembre de 1833, en AHGE/SRE L-E-299 y AHITY/MRE/BR 287-2-8; Bento da Silva Lisboa a Cañedo. Rio de Janeiro, 10 de diciembre de 1833, en AHITY/MRE/BR 287-2-14 y AHGE/SRE L-E-299 ambos en *Relaciones*, 1964, pp. 188-191. Curiosamente, el 11 de diciembre de ese año, esto es, un día después del anuncio brasileño del envío de un encargado de negocios a México, se procesó la primera de las tres dimisiones de Cañedo, quien, por motivos de salud, debía ser sustituido por su secretario en la legación, Juan Nepomuceno Almonte, con el rango de encargado de negocios. El nombramiento no fue aprobado por el Senado y Almonte nunca fue reafirmado en el cargo. Véase Comunicado sin firma dirigido a los secretarios de la Cámara del Senado. México, 11 de diciembre de 1833, en AHGE/SRE L-E-302-B, en *Relaciones*, 1964, pp. 211 y ss.

⁵² Manuel Díez de Bonilla, ministro de Relaciones Exteriores, a Cañedo. México, 27 de octubre de 1835, en AHGE/SRE L-E-299, en *Relaciones*, 1964, pp. 196-197.

⁵³ Cañedo se declara informado de la continuidad de su misión, en Cañedo a ministro de Relaciones Exteriores de México. Lima, 6 de junio

mente ya más tareas que servir de conducto de cartas protocolares entre los dos gobiernos, Cañedo fue definitivamente retirado y la legación mexicana suprimida.⁵⁴ De todos sus encargos, sólo había conseguido firmar tratados de comercio con Perú y Chile.

En 1833, Cañedo consiguió llegar a Chile, pero en mayo, arribó a la ciudad de México el primer encargado de negocios de Brasil, Duarte da Ponte Ribeiro, un diplomático dueño ya de una extensa experiencia en los asuntos hispanoamericanos, pues había sido encargado de negocios en Perú, donde había trabado una fuerte amistad con Cañedo. El envío de Ponte Ribeiro a México ha sido frecuentemente interpretado como una señal de la importancia que el gobierno imperial atribuía a las relaciones con este país, y a la necesidad de mandar una figura de primer rango en el servicio exterior brasileño para compensar los fiascos que habían resultado los nombramientos de Isidoro da Costa Oliveira y de João Batista de Queirós.⁵⁵ Ponte Ribeiro, un escritor compulsivo, comenzó a enviar detallados y extensos informes en los que daba su versión de los agitados acontecimientos que le estaba tocando vivir en un periodo de los más turbulentos de la historia de México. La primera frase de su primer informe, fechado en junio de 1834, comenzaba así: "Toda esta República está hoy en revolución". En ése y en los sucesivos reportes que escribió, Ponte Ribeiro trazó perfiles de los principales actores políticos mexicanos, describió batallas y revoluciones; detalló el sistema de gobierno, los excesos resultantes de las autonomías de los estados y los problemas derivados de la constante mudanza de ministros; acompañó el proceso de centralización gubernamental realizado por Santa Anna y se refirió a la influencia de las logias masónicas; advirtió sobre las in-

de 1837, en AHGE/SRE L-E-299 en, *Relaciones*, 1964, pp. 206-207.

⁵⁴ El comunicado de la remoción y del cierre de la legación están en Luis G. Cuevas a ministro de Relaciones Exteriores de Brasil. México, 10 de julio de 1838, en AHGE/SRE L-E-299, en *Relaciones*, 1964, pp. 210-211.

⁵⁵ Véase LACOMBE, 1964, n. 88: "Missão Duarte da Ponte Ribeiro", en *Relaciones*, 1964, p. 516.

tenciones de los miembros del futuro partido conservador, agrupados en la Logia Escocesa, de buscar un príncipe extranjero para ofrecerle la corona de México; narró las tremendas dificultades financieras por las que atravesaba el país y las reclamaciones de Francia, Inglaterra y Estados Unidos; se ocupó detenidamente de los conflictos en Texas y de las hostilidades populares contra los extranjeros; registró sismos y celebró la aparición de nuevos volcanes, y, por último, hizo previsiones, no muy lisonjeras, sobre el futuro del país.⁵⁶ Además de esos abultados informes, el enviado brasileño se dio a la caza y remisión, a Brasil, de plantas mexicanas con reputación de ser adecuadas para el tratamiento del cólera morbosus, como la *amapolis silvestre*, que habían sido solicitadas por sociedades médicas imperiales, acompañadas de extensas cartas que eran, en parte, verdaderos tratados de botánica.⁵⁷

A pesar de la importancia atribuida a la misión Ribeiro y de la efervescente actividad de su titular en la producción de informaciones abundantes y detalladas (aunque, según algunas autoridades, no muy fehacientes),⁵⁸ su tarea fue dada

⁵⁶ Los documentos producidos por Ponte Ribeiro durante su estancia en México se encuentran en AHITY/MRE/BR 221-1-1, donde está su correspondencia con el Ministerio, y en el Archivo Particular del Barón Duarte da Ponte Ribeiro, depositado en el mismo Archivo Histórico del Itamaraty, que contiene las diversas "memorias" que elaboró. Entre ellas se encuentra la que escribió al encerrar su misión en México. Cuenta con casi 50 laudas manuscritas y está reproducida en *Relaciones*, 1964, pp. 340-390.

⁵⁷ Ponte Ribeiro a Aureliano de Souza e Oliveira Coutinho. México, 24 de diciembre de 1834, en AHITY/MRE/BR 221-1-1, reproducido en *Relaciones*, 1964, pp. 277-281.

⁵⁸ Véanse los comentarios de J. M. González de Mendoza, autor de las "Notas a los documentos mexicanos", en *Relaciones*, 1964, p. 529, n. 109. En ella, se critica la *Memoria* escrita por Ribeiro como conclusión de su misión en México y se le atribuye al diplomático brasileño desconocimiento "acerca de la situación de México y de la idiosincrasia de los mexicanos [...]". El tono general de la crítica es un poco injusta, pues se ensaña con el autor de la *Memoria* por no haber previsto que la Reforma en 1857 y la revolución en 1910-1920 iban a resolver muchos de los problemas por él percibidos. O por no interpretar la historia de México como el autor de las notas y llegar a la conclusión de que los males del país se debían a la monarquía absoluta a la que México había estado sometido, como si Bra-

por terminada en 11 de febrero de 1835, aunque la notificación sólo llegó a las manos del interesado en septiembre de ese mismo año. La entrega de las credenciales de estilo referentes al término de la misión, que por supuesto, “en nada altera las relaciones francas y benévolas que existen entre esta República y el Imperio del Brasil”, tuvo lugar el 15 de octubre de 1835.⁵⁹ Duarte da Ponte Ribeiro llevaba de su experiencia en México, además del archivo de la legación y de los conocimientos e impresiones adquiridos sobre el país ya transmitidos en sus informes, “tres especies de la planta Guaco”, llevadas de Tabasco a Veracruz, donde lo esperaban para el embarque.

Solamente en enero de 1842, esto es, siete años y muchas revoluciones, rebeliones y conciliaciones después, habría un nuevo intento de aproximación entre los gobiernos de ambos países. En ese mes, el presidente interino de México, Antonio López de Santa Anna, nombró a Manuel Crescencio Rejón, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de México ante todos los países de América Central y del Sur, Brasil incluido; una misión, como se percibe, no sólo hercúlea, sino imposible e inocua. Las instrucciones recibidas por Rejón eran similares en el espíritu y muchas veces idénticas en la letra a las que Alamán había hecho redactar para Cañedo diez años antes. Las mismas frases de “reciprocidad imaginaria” y “reunión de familia” usadas en el documento de 1831, resumían la necesidad de 1842 de retomar las negociaciones para una Asamblea Americana en que se diseñara una política externa común que pudiera hacer frente a las presiones inglesas, estadounidenses y de otras potencias europeas, que habían forzado a las Repúblicas americanas a darles tratamiento de naciones más favorecidas y a negar los privilegios que México quería hacer a sus congéneres del continente. La

sil no lo hubiera estado también, cosa que el autor de las “Notas” no parece advertir, sin por eso caer en la anarquía que asoló a México.

⁵⁹ Las comunicaciones sobre el fin de la misión que, como es de esperarse en ese tipo de documentos, no hacen mención a los motivos, están en AHITY/MRE/BR 221-1-1 y AHGE/SRE 30-29-69, reproducidos en *Relaciones*, 1964, pp. 330-340.

única diferencia era el abandono de la insistencia de que la reunión se celebrara en la capital mexicana, que sin embargo, se ponía enteramente a la disposición en caso de que sus servicios fueran necesarios. También estaban presentes en el documento las mismas reservas en relación con Brasil y a su sistema de gobierno, así como la manera reiterada de superarlas, “considerando que este Imperio, sólo difiere [...] en la forma de su Gobierno, pero que en lo demás tiene idénticamente los mismos intereses”, y, además, “creyendo que esa misma forma de Gobierno le procurará más fácil acceso para con los de Europa”, lo que hacía aún más recomendable su presencia en la “familia”. Sin embargo, persistía como no podía dejar de ser, pues ya era parte de la historia, el problema representado por el hecho de no haber sido Brasil una colonia (de la familia) española, lo que traía de vuelta el fantasma de que Estados Unidos, con un argumento de semejanza, forzara la puerta que se le quería cerrar a toda costa. Fuera de esas prevenciones, el resto de las instrucciones se refería exclusivamente a los negocios con las Repúblicas hispanoamericanas, entre ellas destacaba Chile, con quien Cañedo había firmado un Tratado de Amistad y Comercio, y con énfasis redoblado en la posibilidad de que México actuara como mediador en las disputas intestinas regionales.⁶⁰ En un comunicado enviado unos días después, se instruía a Rejón para no mencionar el asunto de la Asamblea Americana en sus conversaciones futuras con las autoridades brasileñas.⁶¹

Sin embargo, el gobierno chileno se adelantó, e interesado en promover la reunión continental, anunció que Lima parecía ser la capital de preferencia de todos y que el emperador de Brasil ya se había “servido acceder a esta idea grandiosa”. Ante esa situación, Rejón reflexionaba que sus instrucciones para las negociaciones con Brasil, tenían que ser alteradas, pues el silencio mexicano en lo relativo a la reunión americana, ahora que ya era pública la aceptación

⁶⁰ José María de Bocanegra a Rejón. México, 1º de mayo de 1842, en AHGE/SRE L-E-369, citado en *Relaciones*, 1964, pp. 394-399.

⁶¹ Oficio sin firma a Rejón. México, 13 de mayo de 1842, en AHGE/SRE L-E-369, en *Relaciones*, 964, p. 399.

del gobierno imperial brasileño, podría ser perjudicial. Al mismo tiempo, Rejón opinaba que los tratados de amistad que sus instrucciones le mandaban firmar con Brasil deberían estar condicionados a que el gobierno de ese país aceptara formar parte de la “confederación” que se pretendía constituir en la asamblea continental, pues en caso contrario no era posible que recibiera el mismo tratamiento “fraternal” acordado, por ejemplo, a Perú y Chile.⁶² El dilema de la invitación a Brasil, después del albazo chileno, lo resolvió prudentemente Rejón, en extensa carta a todos los gobiernos hispanoamericanos, en la que, entre otras cosas, justificaba el hecho de que el gobierno mexicano no hubiera extendido la invitación a Brasil por no contar con el antecedente de la invitación chilena y, sobre todo, “porque quiere proceder de acuerdo con los gobiernos de las repúblicas hermanas, cuya decisión espera para el arreglo de su conducta en la materia de que se trata”.⁶³

⁶² Rejón a Bocanegra. Caracas, 10 de octubre de 1842, en AHGE/SRE L-E-875, en *Relaciones*, 1964, pp. 401-402.

⁶³ Rejón a ministros de Relaciones Exteriores de Bolivia, Perú, Chile y Nueva Granada. Caracas, 25 de noviembre de 1842, en AHGE/SRE L-E-875, en *Relaciones*, 1964, pp. 404-407. El anticipo de Chile, justificado por su gobierno en función de la importancia de que se revestía Brasil por causa de su vecindad con casi todos los países de América del sur (menos, curiosamente, con Chile), el control total que ejercía sobre el río Amazonas (que estaba, curiosamente, muy lejos de Chile), y porque “La política externa del Imperio se distingue por una tendencia eminentemente liberal y Americana”, parece haber estado también motivado por la necesidad de contar en la Asamblea propuesta con un aliado en sus propias pugnas con países limítrofes, en especial con la Confederación Argentina, con quien Brasil también tenía serias dificultades, además de Bolivia y Perú. Lo más curioso, y que habla mucho de los problemas de comunicación y su importancia en las relaciones interamericanas, es que el calificativo de liberal se pronunciaba precisamente en los momentos en que el gobierno brasileño era tomado por los conservadores, que llevaban a cabo una contrarreforma, suprimiendo la mayor parte de las medidas liberales de inicios de la década de 1830. De eso se trata más adelante en el texto. Por último, hay que recordar que Chile tampoco se las había visto fáciles en la década de 1830. Aunque había ganado la guerra de 1836-1839 contra la Confederación formada por Bolivia y Perú, había visto al consolidador de su Estado nacional, Diego Portales, caer asesinado en 1837, en un motín liberal-militar. La justificativa chilena

Pero las cordialidades y solidaridades continentales seguían siendo profundamente perturbadas por la naturaleza monárquica del régimen brasileño, por más que se insistiera una y otra vez en que la forma de gobierno no tenía gran importancia y que sus intereses eran “idénticamente los mismos” que los de regímenes republicanos. Esto era indicativo, evidentemente, de los problemas de consolidación de los estados nacionales que habían adoptado la forma republicana de gobierno, y de la menor legitimidad relativa, que el republicanismo seguía teniendo frente a fórmulas más que probadas y aprobadas, como eran las monarquías, y, a partir de ellas, los imperios —algo que el ejemplo de Francia parecía demostrar.

Pocos días después de la carta circular, Rejón envió a Bocanegra un recorte del periódico *Liberal*, de Caracas, en el que se anunciaba la llegada del infante español Francisco, a Brasil, y se manifestaba el temor de que el viaje tuviera por objeto “coronarse en alguna de las Repúblicas inmediatas a aquel imperio, especialmente en la Confederación Argentina en donde hay un partido que clama por un príncipe español”. Rejón reforzaba el argumento con las siguientes consideraciones, producto del poderoso efecto que la imagen de una monarquía ordenada y conservadora en Brasil provocaba en la imaginación desbordada de los políticos republicanos de América:

El estado lastimoso en que se hallan Buenos Aires, Uruguay y el Perú, a consecuencia de las revoluciones desastrosas que los afligen; la proximidad de estos países a la única monarquía que hay en América, y que puede prestar tanto apoyo a la causa de las testas coronadas de Europa por su población y su riqueza contra la debilidad de esas repúblicas contiguas; la concurrencia simultánea del Duque Joinville con una escuadra del Príncipe de Corignán, y de Francisco de Paula a Rio de Janeiro, el segundo envia-

está en R. L. Irrazábal, ministro de Relaciones Exteriores a Bocanegra. Santiago de Chile, 22 de noviembre de 1841, en AHGE/SRE, L-E-875, en *Relaciones*, 1964, pp. 409-411. La reunión programada se realizó efectivamente en Lima, en 1847, pero México no pudo asistir por estar a las veltas con la invasión estadounidense. Véase VÁZQUEZ, 2000, p. 543.

do por la Cerdeña y el tercero por la España: ¿no dá margen todo esto a sospechar que los monarcas europeos piensan en esta vez empezar a realizar el proyecto de monarquizar la América, dando principio a la empresa por la parte más débil que esta tiene, y por la más fuerte con que puede contar la Europa para sus pretensiones en el Continente de Colón?⁶⁴

Valga señalar, casi entre paréntesis, que el príncipe de Joinville, delfín de Francia, iba a Rio de Janeiro simplemente a contraer matrimonio con la hermana de D. Pedro II, la princesa Francisca Carolina, pero como los enlaces habían constado prominentemente en las instrucciones a Santo Amaro como instrumentos de la restauración monárquica, la alarma procedía. Por otro lado, la idea de que las condiciones de consolidación del Estado brasileño eran superiores a las de los países vecinos, aunque tenía mucho de verdad en términos comparativos y había sido seguramente reforzada por la facilidad relativa con que se habían resuelto los problemas planteados por la abdicación del primer emperador, estaba convirtiéndose en una noción mítica, construida por el imaginario de los gobiernos republicanos y seguramente alentada por las legaciones del imperio de Brasil en las naciones americanas. No hay duda de que el contexto general de la primera mitad de los años treinta también favorecía esa impresión, pues las corrientes liberales brasileñas habían conseguido una serie importante de reformas que despojaban al Ejecutivo de muchos de los poderes despóticos de que había estado investido el ex emperador, al tiempo que reforzaban la importancia del Poder Legislativo, sobre todo de la Cámara de Diputados, y de las Asambleas Provinciales. La muerte de Pedro I en 1834, liquidó prácticamente con las ya debilitadas tendencias restauracionistas y consolidó la vertiente liberal que poco después, en abril de 1835, tendría a uno de sus mayores exponentes, el sacerdote paulista Diogo Feijó, elevado por votación del Parlamento a la dignidad de regente único del imperio.

⁶⁴ Rejón a Bocanegra. Caracas, 7 de diciembre de 1842, en AHGE/SRE, L-E-875, tomado de *Relaciones*, 1964, pp. 408-409.

Sin embargo, las reformas liberales provocaron una serie de conflictos y amenazas constantes a la propia integridad de la nación, que tuvo que enfrentar rebeliones violentas y extendidas. La primera fue en la provincia de Pará, en el extremo norte, que se inició en 1833 y se prolongó hasta 1840, con un número de muertos que, se calculó, rebasaba los 30 000, cifra equivalente a 20% de la población de la provincia; casi simultáneamente, en 1833, se inició un conflicto entre liberales y conservadores en la estratégica provincia de Rio Grande do Sul que desembocaría en una poderosa rebelión en 1835 y que en 1836 llevaría a la declaración de independencia de la provincia, provocando una guerra con el poder central que se extendería hasta 1845. La tercera rebelión de ese periodo, tan admirado por los gobiernos republicanos vecinos en función de su aparente orden y control político, aconteció en Bahía, ya en los últimos años de la década, en 1837. Fue una rebelión de tendencias fuertemente federalistas, casi independentistas, rápidamente liquidada por el ejército imperial. Por último, el sur de Maranhão y el norte de Piauí se vieron sacudidos por otro levantamiento popular que produjo muerte y destrucción entre 1838-1840, cuando fue sofocada por un ejército compuesto por 8 000 soldados, al mando de quien, con los años, sería la mayor gloria militar del imperio, Luis Alves de Lima, futuro Duque de Caxias, el único que recibió ese título durante toda la monarquía. El resultado final de ese periodo sería el fortalecimiento de las corrientes conservadoras y centralistas, partidarias de un ejecutivo fuerte, capaz de disuadir el tipo de reacciones que casi habían dado al traste con la unidad del imperio, y que se conocería como el *regresso*. Ese movimiento produciría un nuevo repique del péndulo, y la década de 1840 sería de intermitentes, pero violentas revueltas liberales, entre las que se destacan las de 1842, que estallaron en São Paulo, Rio de Janeiro y, sobre todo, Minas Gerais, y la de 1848, en Pernambuco, con marcados tintes discursivos socialistas.⁶⁵

⁶⁵ Sobre las reformas liberales del primer lustro de la década de 1830 y sus resultados, incluyendo las contrarreformas del *regresso* y la reacción

La década de 1830 también fue calamitosa para México. Prácticamente desde los primeros años de la nación independiente, la situación de Texas parecía ya comprometida por una abundante colonización anglosajona. En 1830, el gobierno federalista mexicano trató de tomar el control de la situación poniendo a Texas bajo jurisdicción de la federación en lo relativo a política de colonización, y se prohibió la entrada de estadounidenses. En 1831 los colonos tejanos iniciaron una rebelión abierta contra el gobierno mexicano que culminó en 1836 con la declaración de independencia. Poco después, Francia, que nunca había reconocido la independencia de México, comenzó a enviar notas cada vez más amenazadoras reclamando indemnizaciones por pérdidas sufridas por sus súbditos durante la guerra de independencia. Hacia inicios de 1838 la flota francesa bloqueó los principales puertos mexicanos del Golfo y del Pacífico y poco después ocupó el estratégico fuerte de San Juan de Ulúa, en cuya batalla el general Santa Anna perdería la pierna. En 1839 México aceptó pagar las indemnizaciones exigidas por Francia y se firmó la paz, para en seguida comenzar a hacer frente al creciente expansionismo estadounidense. No es de extrañar, que la política externa mexicana, sofocada por tanto conflicto con potencias infinitamente más poderosas, tuviera que dedicar las pocas energías que le restaban a apelar una y otra vez al apoyo de las otras repúblicas americanas, que estaban lejos, no sólo en la distancia, sino en las intenciones de apoyar a México y entrar en conflicto con Estados Unidos o con Francia. Pero a pesar de todo, la idea de la Asamblea Americana, tan deseada por México, siguió adelante.

Rejón nunca llegó a presentar credenciales ante el imperio de Brasil. En marzo de 1843 la legación mexicana ante los gobiernos de América del Sur fue suprimida "en razón

liberal, véase BETHELL y MURILO DE CARVALHO, 1991, pp. 335-351; sobre la vuelta en Pernambuco, conocida como la *Revolução Praieira* (de *praia*, playa, por ser conocido el grupo radical que la impulsó como el *Partido da Praia*, que tenía su sede en la *rua da Praia*), véanse MARSON, 1987 y BETHELL y MURILO DE CARVALHO, 1991, pp. 370-372.

de lo adelantado que está el objeto de su misión". Al éxito de la iniciativa mexicana (aunque, como lo vimos en el caso de Chile, había otros interesados en la reunión) se agregaban otros motivos imperiosos para hacer que la misión retornara: la absoluta bancarrota de la hacienda pública nacional, abrumada por los gastos necesarios para intentar recuperar Texas y evitar la separación de Yucatán, y lo costoso que resultaba una misión que tenía que desplazarse constantemente por distancias enormes y de difícil transcurso.⁶⁶ Al término de la misión, seis naciones, además de México, estaban ya comprometidas con la Asamblea General: Nueva Granada, Chile, Perú, Bolivia, Buenos Aires y Brasil. En su informe final sobre los resultados de sus tareas, que incluía sus consideraciones sobre la política que México debía tener hacia los países que la legación había abarcado, Rejón no hizo la menor mención a Brasil.⁶⁷ A su partida, los contactos entre los dos gobiernos se resumieron a Cartas de Gabinete, intercambiadas por medio de las legaciones en Washington o en Londres. Solamente 20 años después, en 1864, fue nombrado un nuevo enviado mexicano, Pedro Escandón, con el rango de ministro plenipotenciario del archiduque Maximiliano de Austria, emperador de México. Mal que bien, fue el primer enviado mexicano a pisar la corte de Río de Janeiro.

EL INTERLUDIO DE MAXIMILIANO

Las relaciones entre la corte de Río de Janeiro y el gobierno de Maximiliano nunca fueron tranquilas.⁶⁸ Por un lado,

⁶⁶ La orden de retorno de la misión está en Bocanegra a Rejón. Reservada. México, 18 de marzo de 1843, en AHGE/SRE, L-E-369, reproducido en *Relaciones*, 1964, pp. 413-414.

⁶⁷ Rejón a Bocanegra. "Reunión de la Asamblea general americana". México, 15 de mayo de 1843, en AHGE/SRE, L-E-875, en *Relaciones*, 1964, pp. 415-418.

⁶⁸ La única correspondencia que se conserva en México es la emitida en Río de Janeiro por el representante de Maximiliano. Ésta consta de algunos mensajes enviados a Relaciones Exteriores y de un tan nutrido

había cierto disgusto de las autoridades brasileñas con el archiduque, que en su famoso viaje a Brasil había hecho comentarios poco lisonjeros sobre las condiciones de vida que imperaban en ese imperio tropical.⁶⁹ Por otro lado, a pesar de haberse sentido obligado, casi por cuestiones de etiqueta familiar, pues Maximiliano y Pedro II eran primos hermanos, a reconocer la constitución del efímero imperio, el gobierno brasileño nunca se sintió cómodo con la situación, ya que parecía darle la razón a todas las corrientes políticas americanas que, al reavivar viejas desconfianzas que venían del propio origen del Estado brasileño, trataban de aislar al imperio con la sospecha persistente de que éste buscaba a toda costa que regímenes semejantes se extendieran a otros países de América. En efecto, desde que en inicios de la década de 1860 se comenzó a hablar de preparativos para mandar una expedición punitiva contra México por parte de España, Francia e Inglaterra, los círculos políticos del continente se agitaron y se renovaron las rivalidades y las desconfianzas, sobre todo entre los eternos rivales de Río de la Plata. Recordando las tan famosas como infelices instrucciones secretas dadas por Miguel Calmon du Pin e Almeida al Marqués de Santo Amaro durante el primer reinado, y un segundo documento del mismo señor dirigido a finales de 1844 a los gobiernos de Inglaterra y Francia “para intervenir en los negocios políticos del Río de la Plata”, los partidos políticos y la prensa de Buenos Aires y Uruguay acusaron al gobierno imperial de Brasil de “no ser extraño a ese plan de las tres Potencias Europeas” contra México. Aunque no hubo ninguna prueba fehaciente de eso, tampoco hubo ningún desmentido explícito del go-

como burocrático intercambio de notas protocolares con el ministro de Brasil. La correspondencia de naturaleza “particular” entre los dos emperadores se encuentra en el Archivo del Palacio Imperial, de Petrópolis, que no se consultó por problemas de tiempo, pero también por saberse que contiene documentos de poca importancia para las relaciones bilaterales.

⁶⁹ Véase MAXIMILIANO, emperador de México, *Recuerdos de mi vida: memorias de Maximiliano*. México: F. Escalante, 1869, pp. 113-160; SCHWARCZ, 1998, pp. 296-297.

bierno brasileño que negara las insinuaciones de sus defectos platenses.⁷⁰

Sin embargo, no se puede decir que el gobierno brasileño haya hecho algo para fortalecer la intervención francesa en México, pues por más monarquía que fuera y por más emparentados que pudieran estar Pedro de Orleáns y Bragança y Maximiliano de Habsburgo, se trataba de la intervención armada de una potencia europea en los asuntos americanos. En esa medida, las relaciones fueron, por lo general, protocolares y formales, y consistieron básicamente en el intercambio de condecoraciones y órdenes, anuncios de casamientos y defunciones en las familias reinantes europeas, y otras monadas por el estilo.⁷¹ Por otro lado, la situación política y económica del imperio brasileño había alcanzado en los años cincuenta y sesenta una estabilidad, aquí y allá quebrada por pequeñas y breves crisis financieras, que contrastaba de nuevo de manera notable con la conflictiva situación mexicana, donde Maximiliano tenía que gobernar mientras perseguía con su ejército franco-mexicano a los legítimos gobernantes del país, situación que no escapaba a los oídos y vistas de la corte de Rio. Había protocolo, pero también mucho de verdad en la frase que Maximiliano intercalaba en la primera Carta de Gabinete enviada a Pedro II —dos meses después de las que habían sido enviadas a las cortes europeas—, ⁷² al referirse a Brasil como un país que se encontraba “[...] en un estado de paz que mueve a envidia al Nuevo Mundo [...]”⁷³ La gue-

⁷⁰ Véase Duarte da Ponte Ribeiro, “Pro-memoria das alegações que fazem as Republicas do Rio da Prata para apresentar o Governo Imperial connivente com os da Franca, Hespanha e Inglaterra na projetada Expedição contra o Mexico para principiar por alia a realização de hum plano para estabelecer Monarchias na America”. Rio de Janeiro, 6 de junio de 1862, en APDPR, AHITY/MRE/BR.

⁷¹ La documentación correspondiente está en AHITY/MRE/BR, 287-2-8, 287-2-14 y 287-3-3, en *Relaciones*, 1964, pp. 450-461.

⁷² Maximiliano había llegado a la ciudad de México el 12 de junio de 1864 y enviado las primeras cartas en junio de ese año. BLUMBERG, 1987, p. 47.

⁷³ Maximiliano a Pedro II. México, 8 de agosto de 1864, en *Archivo del Museo Imperial*. M. CXXXIV, d. 6548, reproducido en *Anuario do Museu Imperial*, vol. xvi, Petrópolis, 1955, p. 46, *Relaciones*, 1964, pp. 450-451.

rra de Paraguay, iniciada en 1864 y que se prolongaría hasta 1870, que opuso a Argentina y Brasil contra el pequeño Paraguay, ensombrecía un poco ese panorama. Pero ése era un hecho distante, se libraba en las propias tierras guaraníes, y el impacto devastador que tendría sobre el imperio sólo se haría sentir a su término.⁷⁴

Sin embargo, el gobierno de Maximiliano no se limitó evidentemente a tratar de granjearse las simpatías del imperio de Brasil, aunque su aquiescencia era de gran importancia por el propio respeto que el gobierno de Río de Janeiro se había ganado por entonces entre las repúblicas iberoamericanas y por ser el subcontinente el entorno natural del nuevo imperio. Por el contrario, desplegó una intensa ofensiva diplomática en Europa y constituyó rápidamente un cuerpo diplomático dedicado a conseguir los apoyos imprescindibles para asegurar cierta estabilidad a la causa imperial.⁷⁵ Antes del final de 1864, los esfuerzos de los enviados mexicanos ya habían logrado el reconocimiento de los principales gobiernos europeos. En diciembre de ese año comenzaron a llegar los titulares de las nuevas legaciones en un proceso que se completó prácticamente en marzo de 1865, con la presentación de credenciales de los enviados de Bélgica, Italia y España —a los que habría de agregarse la tardía llegada del ministro portugués, en julio, y la retardada acreditación de un simple ministro residente del reino de Prusia, en febrero de 1866.⁷⁶ Solamente las repúblicas iberoamericanas y Estados Unidos —envuelto en su guerra civil—, además de Rusia, se mantenían distantes. En ese sentido, las tentativas por obtener algo más que un reconocimiento meramente protocolario del gobierno brasileño, era una parte importante de la estrategia de sobrevivencia del régimen de Maximiliano, pero de ninguna manera integraba el cauce vital: ése miraba a Europa.

⁷⁴ Es amplia la bibliografía sobre la guerra de Paraguay, desde todos los puntos de vista. El estudio más accesible y sintético se encuentra en DEAN, 1991, pp. 410-416.

⁷⁵ Sobre el inicio y la suerte ambivalente de la ofensiva diplomática del gobierno de Maximiliano, véase BLUMBERG, 1987, pp. 29 y ss.

⁷⁶ BLUMBERG, 1987, pp. 52-70.

La frialdad brasileña fue evidente desde el primer momento. Pedro Escandón, el enviado de Maximiliano, tuvo serias dificultades para relacionarse social y profesionalmente en Rio de Janeiro, donde el Ministerio de Relaciones Exteriores lo hizo esperar por espacio de un mes, entre el 18 de enero, cuando el diplomático mexicano envió la carta pidiendo la audiencia de estilo, y el 16 de febrero cuando finalmente pudo presentar sus credenciales a Pedro II. Un observador próximo, Santiago Sierra, secretario de la misión mexicana ante las Repúblicas de la América Meridional, afirmó que, además, el enviado de Maximiliano fue objeto constante de desaires y actitudes descomedidas por parte de otros diplomáticos americanos acreditados ante la corte de Rio de Janeiro, en especial de los representantes de Argentina, Chile, Perú y Uruguay, quienes se negaron a reconocerlo como enviado mexicano, “a pesar de las vivas instancias que D. Pedro II les hacía para ello”. Las “vivas instancias” seguramente se explican no sólo por el parentesco de Pedro II con los Habsburgo, sino por el recelo que tenía el gobierno brasileño de quedarse aislado en el reconocimiento de Maximiliano dentro del entorno americano.⁷⁷ La glacial recepción debe haber influido en el ánimo de Escandón para considerar cada vez menos necesaria una misión en Brasil, tan costosa y tan “inútil”, y solicitar su retorno a México:

En efecto, la carencia absoluta de relaciones entre ambos pueblos, la dificultad de comunicaciones, y la ausencia de nuestros nacionales en estas distantes regiones no justifican los sacrificios que haría México, si mantuviese permanentemente una costosa misión. Se puede muy bien considerar como terminada la que S. M. tuvo a bien confiarme [...] e iniciadas las relaciones de recíprocos intereses que un día deben existir entre los dos Imperios, pero que todavía es preciso aguardar mucho tiempo para que tomen creces y desarrollen. Mientras tanto, el nombramiento de un Cónsul en lugar de un Ministro, me parece bastante para que en el Brasil tremole el pabellón del Imperio Mexicano.⁷⁸

⁷⁷ FLORES, 1961, pp. 220-221.

⁷⁸ Escandón a José Fernando Ramírez, ministro de Negocios Extranjeros. Rio de Janeiro, 10 de marzo de 1865, en AHGE/SRE, L-E-875.

Además de los problemas significados por el no reconocimiento de varias de las otras representaciones diplomáticas acreditadas en la capital de Brasil, y de la poca popularidad del enviado de Maximiliano en la sociedad carioca, había también el problema de los partidos políticos brasileños que, según Escandón, cada uno por motivos propios miraban “con antipatía y disgusto” la aparición del llamado “Imperio Mexicano”. Escandón hacía una lectura bastante deficiente y simplista de la opinión política que se formaba en Brasil sobre la aventura de Maximiliano:

[...] el partido conservador tiene celos y teme envidiar nuestra prosperidad; el rojo [liberales y republicanos], tiene aversión a nuestra forma de gobierno y teme ver contrariadas sus aspiraciones. La posición de este Emperador, en medio de partidos opuestos en todo, y concordando solamente en la antipatía por nuestro Imperio, explican las palabras frías, lacónicas, afectadas y estudiadas durante el mes que tardaron en recibirme. El Emperador es verdad que atenúa en la Carta que escribe a S. M. la sobriedad de las expresiones que dirigió al Ministro de México, y de las cuales no se puede quitar una sola, sin que quede incompleto su sentido. / De esta manera habló el Emperador del Brasil, porque solamente así esperaba ser aplaudido hasta por los diarios de la oposición, y en efecto lo ha sido, acompañando sus comentarios de reflexiones que no revelan mucho respeto por el Emperador de los Franceses.⁷⁹

De nada valió “haberse rodeado el Sr. Escandón de cierto exterior en armonía con los sentimientos de vanidad que constituyen el fondo del carácter de este pueblo”,⁸⁰ ni tampoco

⁷⁹ Escandón a José Fernando Ramírez, ministro de Negocios Extranjeros. Río de Janeiro, 10 de marzo de 1865, en AHGE/SRE, L-E-875. Todo indica que la respuesta de Pedro II no se conservó. También parece ser que el ministro francés en Río era uno de los pocos que le dirigían la palabra a Escandón; tal vez por eso (y, claro, por la procedencia de la intervención a la cual debía Maximiliano su “trono”), el comentario sobre la actitud de Pedro II, emparentado con verdaderas casas reinantes, en relación con Luis Bonaparte.

⁸⁰ Berruecos a secretario de Relaciones. Reservado. Río de Janeiro, 30 de marzo de 1866, en Núñez Ortega, *Memorias*, pp. 41-45, *Relaciones*, 1964, pp. 487-490.

co sirvieron en absoluto los abundantes recursos empleados por el representante del príncipe austriaco en banquetes, bailes y fiestas con los cuales trató de ganarse la simpatía del cuerpo diplomático, el gabinete brasileño y la sociedad carioca. Con el fin de evitar situaciones embarazosas para el emperador en sus relaciones con su pariente, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil había maniobrado para dejar los asuntos referentes a los vínculos con Maximiliano en manos del Parlamento. Éste, que no perdía ocasión de desairar a Escandón y al gobierno espurio al que representaba, bloqueó el envío de un plenipotenciario a México para representar a Brasil ante Maximiliano. Por su parte, la prensa oficial silenció los actos, todos ellos protocolares, que tenían que ver con el archiduque, y en las relaciones que publicaba de las condecoraciones otorgadas y recibidas por Pedro II, no hacía la menor mención a las intercambiadas con el príncipe austriaco y con Carlota.

Apenas el 6 de febrero de 1866, es decir, casi un año después de haber advertido sobre la inutilidad y las dificultades de su misión, pudo el afligido Escandón salir de Brasil con dirección a Europa, dejando como encargado de la representación de Maximiliano a su secretario, Antonio Pérez Berruero. Por su parte, el gobierno implantado en México por la intervención francesa no sólo no tenía la menor intención de rebajar el rango de su representación ante un estado tan importante como Brasil, que cumplía la crucial función de relacionar al régimen de Maximiliano, mal que bien, con otros países americanos, sino que se dispuso a abrir consulados en algunos lugares del país sudamericano. La operación exploratoria fue diligentemente asesorada por el ministro francés ante la corte brasileña, quien sugirió a dos compatriotas suyos para representar a Maximiliano, siendo uno de ellos destinado a Rio de Janeiro, con el rango de cónsul general. Berrueros había apoyado la conveniencia de ese consulado, y se había inclinado por abrir también representaciones consulares en Pernambuco, por su proximidad con Europa y por ser el primer puerto al que los navios transatlánticos llamaban, y Rio Grande do Sul, por su cercanía a las repúblicas del Plata. Pero el desánimo

de los representantes de Maximiliano no menguaba. En marzo de 1866, Berruecos, a un mes de haberse hecho cargo de la legación, “y después de un año de residencia inútil en esta corte”, decía que lo único que habían conseguido en términos de gestos de cortesía por parte del gobierno brasileño era

[...] una vaga promesa del Señor Ministro de negocios extranjeros de que el gobierno ejercerá su influencia en las Cámaras para obtener que el enviado de este Imperio en los Estados Unidos pase a México para complimentar a nuestro soberano. Esperanza por cierto demasiado remota, que no compensa las frases ligeras y tal vez el desaire que puedan hacernos en el Parlamento y para cuya realización no comprendo la necesidad que haya de ocurrir a él.

Berruecos, al mismo tiempo que protestaba por las “descortesías” de las autoridades brasileñas, observaba también otras variables que comenzaban a influir en el comportamiento del gobierno y la política exterior del imperio de Brasil, sumergido en la económica y políticamente desastrosa guerra de Paraguay y cada vez más dependiente del mercado estadounidense para colocar lo que ya era sin duda, desde la década de 1840, el motor de su economía: el café.⁸¹ Éste último factor, decía Berruecos, amarra Brasil a Estados Unidos, “lo obligan a solicitar sus buenas gracias y a constituirse [en] su satélite en la política continental”.⁸² La creciente alianza con Estados Unidos —que contrastaba con las reticencias estadounidenses en relación con un imperio mexicano—, y la casi certeza que el secretario de la representación de Maximiliano tenía de que el Parlamento iba a negar la autorización para establecer una legación

⁸¹ La influencia creciente de Estados Unidos en Brasil, y el declive paulatino, aunque lento, de la influencia inglesa, pueden ser medidos por los siguientes datos: en 1821 tan sólo 54 navíos estadounidenses habían fondeado en el puerto de Rio de Janeiro, contra 194 británicos; en 1842 los números eran 164 y 167 respectivamente. Al año siguiente, 350 000 sacos de café eran embarcados para los mercados consumidores de Estados Unidos. Véase RODRIGUES y SEITENFUS, 1995, p. 202.

⁸² RODRIGUES y SEITENFUS, 1995.

imperial en México, lo llevaron a recomendar la emisión inmediata de cartas de retiro para Escandón y a dar por terminada la misión, justificando esas acciones por las dificultades que Brasil tenía en su guerra contra el diminuto, pero bravo y bien armado Paraguay. Berruecos explicaba así la referencia al conflicto bélico: “Hablo de las atenciones de la guerra, porque es la razón constante que ha protestado el Brasil para excusar su retardo, y si ella no es buena, toca a este gobierno la responsabilidad de haberla alegado”.⁸³ Finalmente, Berruecos se retiró de Brasil en octubre de 1866, anunciando su salida como una ausencia temporal, que sin embargo, interrumpía las relaciones entre los dos países. La poca importancia que revestían los vínculos entre Brasil y México hacían innecesaria la presencia de un agente diplomático mexicano en la corte y menos aún justificaban “apelar a los buenos oficios de otra Legación durante mi ausencia”.⁸⁴

Una vez depuesto el régimen de Maximiliano, en julio de 1867, los gobiernos brasileños no tardaron en manifestar a las autoridades de la llamada República restaurada, en la primera ocasión que se presentó, la actitud de reserva que siempre habían mantenido en relación con el representante del gobierno usurpador. Quintino Bocaiúva, periodista eminente, líder republicano y futuro primer ministro de Relaciones Exteriores de la República en 1889, de paso en Washington en 1867, conversó con el embajador mexicano, Matías Romero, a quien le confió que:

Don Pedro Escandón, enviado por Maximiliano al Emperador del Brasil, hizo mérito en su discurso de presentación de la identidad de instituciones entre los dos países, y que el Emperador le contestó sencillamente que agradecía a su pariente le enviase un representante desentendiéndose de la alusión expresada: que al darse cuenta de este hecho en el discurso de la

⁸³ RODRIGUES Y SEITENFUS, 1995.

⁸⁴ Berruecos a ministro de Negocios Extranjeros [Martin Francisco Ribeiro de Andrada]. Río de Janeiro, 18 de octubre de 1866, en AHITY/MRE/BR, 287-2-8, *Relaciones*, 1964, pp. 494-495.

corona a las Cámaras se hizo también en términos bastante secos; anunciándolo solamente; y en la Cámara de Diputados se aprobó por unanimidad de votos menos uno, la contestación a ese punto, que se reducía a quedar enterados. En el Senado, la comisión presentó un proyecto de contestación aludiendo a la identidad de instituciones y congratulándose por ello; pero discutida que fue, se reprobó por una gran mayoría [...] En realidad, dice el Sr. Bocaíúva, Dn. Pedro Escandón era muy mal visto en aquel imperio; pues desentendiéndose de la cuestión de instituciones que se tenía por secundaria, sólo se veía en el llamado Gobierno de Maximiliano el resultado de una intervención armada de la Europa, en este continente, y por lo mismo un ataque a la independencia de una nación americana.⁸⁵

Las relaciones entre México y Brasil se suspendieron para todos los efectos entre la retirada de la misión encabezada por Berruecos, en 1866, y 1890, primer año de la nueva República brasileña. El descontento y la animadversión de los sucesivos gobiernos mexicanos fue más fuerte que cualquier explicación que pudiera haber sido ofrecida para justificar la recepción en Río de Janeiro de un representante del gobierno implantado en México por la intervención francesa. Con la derrota del imperio en Brasil, en noviembre de 1889, se abrían nuevas posibilidades para retomar los esfuerzos por establecer relaciones diplomáticas efectivas entre los dos países, más aun cuando ahora compartían los idearios republicanos —algo que para los políticos brasileños victoriosos significaba “borrar la mancha” que el sistema monárquico le había impuesto a Brasil— y estaban ambos gobernados por élites positivistas y modernizantes, que habrían de recuperar el tiempo perdido y reiniciar la “triangulación” con Estados Unidos, tan adormecida durante la aventura imperial de Maximiliano.

⁸⁵ Matías Romero a ministro de Relaciones Exteriores en Durango. Washington, 5 de enero de 1867, en AHGE/SRE, L-E-1312 (v), en *Relaciones*, 1964, pp. 496-497.

CONSIDERACIONES FINALES

Las relaciones entre México y Brasil durante los periodos formativos de sus respectivos estados nacionales equivalen y al mismo tiempo difieren de las establecidas con y entre los otros países de América Latina. Una de las conclusiones —hipotéticas— de este artículo se basa en la idea de que lo característico de esas relaciones descansa, por un lado, en los diferentes significados que para México y Brasil tuvo desde muy temprano en sus relaciones la presencia de Estados Unidos en el continente americano. Una vecindad ominosa para México, que le atribuyó hasta casi el final del siglo XIX significados eminentemente geopolíticos, y una prometedora lejanía para Brasil, que a partir de la segunda mitad del siglo pasó a fundamentar su economía cada vez más en el comercio del café con los mercados estadounidenses. Esa lectura diversa del sentido y de la práctica de la política estadounidense durante el periodo, agresiva con México y conciliadora con Brasil —cuya importancia, a los ojos de Washington, residía también en la competencia contra la influencia británica tan presente en el imperio tropical, parte integrante del área comprendida por la Doctrina Monroe— fue determinante para establecer la pauta de las relaciones entre los dos países. Una pauta que no dependió, así, ni de los buenos deseos ni de las posibles sinceras intenciones de aproximación expresadas sin cesar por las respectivas chancillerías.

Durante la mayor parte del periodo aquí considerado, que se interrumpe abruptamente con la caída del imperio de Maximiliano en México y la práctica suspensión de relaciones ante el repudio de los políticos de la República restaurada al reconocimiento —por más formal que hubiera sido— que el gobierno de Pedro II le había concedido, las relaciones entre México y Brasil oscilaron entre los deseos de aproximación, la desconfianza mutua y el nacimiento de una creciente rivalidad, disfrazada con declaraciones de liderazgo compartido en “las dos Américas”. El tema del “imperio” contra las “repúblicas” fue una piedra constante en las relaciones, y no sólo con México, y causa de sobresaltos

continuos motivados por el temor, sin fundamentos a partir de 1831, de que Brasil pudiera servir de punta de lanza a tentativas restauradoras europeas; o, lo que equivalía casi a lo mismo, a la sustitución de las frágiles e inestables repúblicas hispanoamericanas por monarquías encabezadas por príncipes de casas reinantes europeas.

La discusión sobre la cuestión de las formas de gobierno se enriquece con la perspectiva de la aparentemente contradictoria aceptación por parte de México y de los otros Estados americanos —bastante obligatoria, por otro lado— de los sistemas monárquicos europeos y el deseo de obtener reconocimiento, apoyo y recursos de sus gobiernos, por un lado, y el rechazo a ese tipo de regímenes en América, y en consecuencia, la desconfianza ante su único representante continental, Brasil, por el otro. Asimismo, llama la atención la falta de referencias a la esclavitud imperante en Brasil como un elemento que podría haber reforzado las resistencias al imperio, una vez que la abolición de ese sistema de control social del trabajo —concluido en toda Hispanoamérica, con excepción de Cuba, desde la década de 1830— formaba parte esencial del ideario republicano. Al contrario, era precisamente la esclavitud, que Brasil compartiría con Estados Unidos hasta la guerra de secesión (otro elemento de identidad), y que no parecía ser motivo de mayores condenaciones entre los gobiernos republicanos del continente, el factor que la diplomacia mexicana consideraba clave para explicar el giro “americanista” emprendido por el gobierno de Río de Janeiro a partir de 1830. Años más tarde, el tema volvería a jugar con dados semejantes en las relaciones de México y Brasil con Estados Unidos, durante el breve tiempo en que el círculo íntimo de Maximiliano consideró la posibilidad de una alianza con los Estados Confederados esclavistas, de manera casi simultánea a los planes del gobierno brasileño para facilitar la transferencia de plantadores del sur estadounidense, con sus esclavos y capitales, con el propósito de instalarlos en territorios del norte despoblado de Brasil.

También fue constante el uso que las diferentes chancillerías mexicanas hicieron de los orígenes portugueses de

Brasil para obtener instrumentos de negociación en los diseños de los cónclaves americanos. En ese sentido, se elaboró a lo largo del periodo una percepción de extrañeza en relación con el país sudamericano que se apoyaba en la mancuerna compuesta por su gobierno imperial y por sus raíces no españolas. Ése fue otro vértice del triángulo que se formó para dar cauce a las relaciones entre México y el imperio de los BraganVa. La falta de consonancia en los orígenes era un elemento más que identificaba a Brasil con Estados Unidos, y que le daba al primero, si no la apariencia odiosa que el segundo se había ganado, ciertamente una forma ambigua y peligrosa.

Por otro lado, es evidente que para los políticos republicanos, tanto de México como de los otros países latinoamericanos, no era lo mismo tratar de obtener el beneplácito de las monarquías europeas —en especial de Inglaterra—, constituidas y legitimadas por razones de historia y tradición, y que además se encontraban con un océano de por medio en relación con América, que apoyar y dar legitimidad a un imperio que, sin haber tenido un proceso de independencia propiamente dicho, crecía y se consolidaba en tierras americanas; tierras a las que el discurso de Bolívar, de Sucre, de O'Higgins, de San Martín, de Hidalgo y Morelos, y de tantos otros próceres de las guerras de independencia, había destinado al republicanismo, cualquiera que fuera la forma específica propuesta. No había contradicción en buscar el respaldo del imperio británico y desconfiar, al mismo tiempo, del brasileño. La brecha abierta por la decisión chilena de incorporar a Brasil dentro de la "familia americana" y la reticencia mexicana a hacerlo encuentra probablemente su explicación en las diferentes coyunturas geopolíticas enfrentadas por ambos países. Chile necesitaba urgentemente el contrapeso brasileño para enfrentar lo que veía como una creciente amenaza argentina y no guardaba reserva alguna respecto al lejano poderío estadounidense. México, por su parte, temía que la entrada de Brasil a la "familia americana" abriera el precedente que autorizara la intromisión del vecino Estados Unidos en lo que consideraba como una alianza básicamente defensiva que le

permitiera mantener intactas sus fronteras y, quizá, inmaculada su independencia.

En ese mismo sentido, la “triangulación” que reunió a México, Brasil y Estados Unidos hasta inicios de la década de 1860 —y que era una “triangulación” favorecida especialmente por la política externa brasileña—, fue interrumpida, por un lado, merced al advenimiento del gobierno de Maximiliano y a la fría actitud de Washington ante la intervención francesa en lo que consideraba sus dominios, pero también por las delicadas posiciones que tanto Brasil como el gobierno del príncipe austriaco en México tuvieron que asumir frente a la guerra civil en el país del norte. Su existencia no niega en ningún momento el peso mayor que en esos momentos tenían evidentemente los negocios de los dos primeros con Europa. La “triangulación”, que se originaba en el peso cada vez mayor que el mercado estadounidense comenzaba a tener en las economías de los dos países, se manifestó y se dibujó apenas en las relaciones “entre” México y Brasil, y fue en cierta medida una respuesta brasileña a las tentativas mexicanas de aproximación con el imperio en busca de una alianza implícitamente antiestadounidense. La influencia del mercado de Estados Unidos ya podía ser constatada, sobre todo para el caso de Brasil, desde antes de la mitad del siglo XIX, cuando la salud de su economía —que no había tenido que recuperarse de los daños de una guerra de independencia—⁸⁶ pasó a depender casi exclusivamente de la exportación del café a los mercados estadounidenses —y en menor grado del algodón para puertos ingleses. A partir de ese momento, su política económica externa hacia el continente comenzó a guiarse por la evidente necesidad de mantener, como prioridad absoluta, una armonía imperturbable en sus intercambios con Estados Unidos. En ese sentido, gran parte de las relaciones entre México y Brasil, ya desde la mitad del siglo XIX —y cada vez más a partir de la caída del imperio, en medio al auge del café producido por levas y levas de inmigrantes europeos, y de la modernización de la infraestruc-

⁸⁶ Sobre el asunto, véase HABER y KLEIN, 1997.

tura económica realizada por el porfiriato, que articuló las principales regiones productoras mexicanas a los mercados consumidores estadounidenses—, tiene que ser leída a través del prisma que significaba del peso económico de Estados Unidos tanto en las estrategias diplomáticas de ambos países como en su fin último, la consolidación y el fortalecimiento de sus respectivos Estados nacionales.

Por último, vale la pena recalcar el proceso de construcción de los marcos dentro de los cuales se desarrollaron las relaciones entre México y Brasil prácticamente desde sus inicios, y que aún tienen vigencia en muchos de sus aspectos. La rivalidad frente a los mercados hegemónicos de cada época, la naturaleza no complementaria de sus economías y la competencia por el liderazgo regional no son factores surgidos al calor de los recientes procesos de industrialización ni mucho menos de la integración de ambos países en bloques regionales diferentes. Las divergencias surgidas de estos últimos fenómenos son más bien consecuencias lógicas de una historia cuyos fundamentos fueron definidos en el periodo aquí tratado, y que lo fueron, no sobre la base de hechos, competencias efectivas y conflictos claros, sino en términos de visiones y percepciones de cómo el pasado de cada país, y el imaginario a que daba vida, habría de condicionar su futuro.

REFERENCIAS

BAZANT, Jan

1991 "México", en BETHELL, pp. 105-143.

BETHELL, Leslie

1970 *The Abolition of the Brazilian Slave Trade: Britain, Brazil, and the Slave Trade Question, 1807-1869*. Cambridge: Cambridge University Press.

1991 "La independencia de Brasil", en BETHELL, vol. 5. *La independencia*, pp. 171-203.

BETHELL, Leslie (coord.)

1991 *Historia de America Latina*. Barcelona: Crítica, 12 vols.

BETHELL, Leslie y José MURILO DE CARVALHO,

- 1991 "Brasil (1822-1850)", en BETHELL, vol. 6. *América Latina independiente, 1820-1870*, pp. 319-377.

BLUMBERG, Arnold

- 1987 *The Diplomacy of the Mexican Empire, 1863-1867*. Malabar, Florida: Robert E. Krieger Publishing Company.

BUSHNELL, David

- 1991 "La independencia de la América del Sur española", en BETHELL, vol. 5. *La independencia*, pp. 75-123.

COSTELOE, Michael P.

- 1996 *La primera república federal de México (1824-1835). Un estudio de los partidos políticos en el México independiente*. México: Fondo de Cultura Económica.

DEAN, Warren

- 1991 "Brasil (1850-1870)", en BETHELL, vol. 6. *América Latina independiente, 1820-1870*, pp. 378-418.

FLORES, Jorge D.

- 1961 "La labor diplomática de don Ignacio Luis Vallarta como Secretario de Relaciones Exteriores", en *Archivo Histórico Diplomático Mexicano*, 2ª serie, vol. 12, México: Secretaría de Relaciones Exteriores.

GONZÁLEZ DE MENDOZA, J. M.

- [1964-] "Notas sobre los documentos mexicanos", en *Relaciones diplomáticas entre México y el Brasil, 1 (1822-1867)*, pp. 501-539.

HABER, Stephen y Herbert S. KLEIN

- 1997 "The Economic Consequences of Brazilian Independence", en HABER, Stephen (ed.), *How Latin America Fell behind. Essays on the Economic Histories of Brazil and Mexico, 1800-1914*. Stanford: Stanford University Press, pp. 243-259.

LACOMBE, Américo Jacobina

- 1964 "Notas sobre los documentos brasileños", en *Relaciones, 1 (1822-1867)*, pp. 501-539.

MARSON, Izabel Andrade

- 1987 *O império do progresso. A revolução praieira em Pernambuco (1842-1855)*. São Paulo: Brasiliense.

MAXIMILIANO, emperador de México

- 1869 *Recuerdos de mi vida: memorias de Maximiliano*. México: F. Escalante.

MENDONÇA, Renato de

- 1945 *História da política exterior do Brasil*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Relaciones

- 1964 *Relaciones diplomáticas entre México y el Brasil (1822-1923)*, t. I (1822-1867). Compilación y notas de J. M. GONZÁLEZ DE MENDOZA (México) y Américo Jacobina Lacombe (Brasil). México: Secretaría de Relaciones Exteriores, «Segunda Serie, 18».

RODRIGUES, José Honorio y Ricardo A. S. SEITENFUS

- 1995 *Uma história diplomática do Brasil, 1531-1945*. Organização de Lêda Boechat Rodrigues. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

RODRÍGUEZ O., Jaime E.

- 1996 *La independencia de la América española*. México: Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México.

SCHWARCZ, Lilia Moritz

- 1998 *As barbas do imperador. D. Pedro II, um monarca nos trópicos*. São Paulo: Companhia das Letras.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida

- 2000 "Los primeros tropiezos", en *Historia General de México. Versión 2000*. México: El Colegio de México, pp. 525-582.

WADDELL, D. A. G.

- 1991 "La política internacional y la independencia latinoamericana", en BETHELL, vol. 5. *La independencia*, pp. 209-233.